Repertorio Americano

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

Tomo XXIII — San José, Costa Rica — 1931 — Sábado 19 de Setiembre — Núm. 11

Año XIII. No. 555

SUMARIO

Cartas inéditas de Fanny Du Villars

—*Envío del autor*—

Una vez más la sombra seductora de una mujer que poseía a la par la más viva inteligencia y el más tierno corazón, torna a dar lustre al nombre legendario de Bolívar y a rejuvenecer su memoria. Los investigadores del pasado, como buzos del fondo de mares azules, sacan a la luz del sol nuevos tesoros. Aún no han sido completamente explorados los archivos oficiales, y los privados, los más ricos, están intactos y cada día nos dan gratísimas sorpresas, porque es peculiar a los grandes varones, que ennoblecieron y glorificaron a la humanidad, dejar en pos de sí recuerdos preciosos que, siempre nuevos, a través de los tiempos alimentan y recompensan la labor de los historiadores.

Plutarco nos dejó hace 19 siglos la más perfecta y elegante narración de la vida de Alejandro y todavía los escritores y poetas explotan ese filón maravilloso. Mommsen y Ferrero han encontrado en César nuevos aspectos más convincentes de su grandeza, y las vidas e ínclitas hazañas de Napoleón y de Bolívar apenas empiezan a tomar la pátina de los grandes cuadros de lontananzas históricas, sobre los cuales tiene más encanto lo que más los aproximó a su naturaleza mortal, lo que más los hizo semejantes a los demás hombres: el amor. La muerte del hijo de Filipo en Babilonia a los 33 años, en medio de los placeres, la pasión de Julio César por Cleopatra, de Napoleón por Josefina y de Bolívar por todas las mujeres bellas que encontró en su carrera triunfal nos apasionan hoy más que sus batallas, sus arengas e instituciones.

———

El Gobierno de Venezuela, tradicionalmente celoso de la gloria del Libertador, compró hace poco el archivo que el héroe dejó al cuidado de su amigo don Juan Francisco Martín, en 1830, a su paso por Cartagena, en vía para San Pedro Alejandrino, precioso acervo de documentos que conservaba el antiguo embajador de España Quiñones de León. Entre esos documentos, que actualmente se imprimen en Venezuela, han aparecido unas cartas inéditas de Fanny Dervieu du Villars, antigua amante de Bolívar en los años de su turbulenta y magnífica mocedad en París. Otros documentos gráficos se han encontrado también en poder de descendientes de Fanny, que viven actualmente en Brest y en París.



Fanny Du Villars

Es la misma Fanny a quien el héroe, aún juvenil, hizo las primeras confidencias de sus proyectos de emancipar un continente, la misma a quien él entregó todo su corazón en una carta celebérrima, que lo apartó de las mesas de juego; la misma de la tierna despedida del 6 de abril de 1805 cuando su amado, en recuerdo de aquel amor, le regaló una sortija. "Este anillo siempre me ha acompañado trayéndome a la memoria el recuerdo gratísimo de una amistad que usted me aseguró sólo se extinguiría con su postrer suspiro. ¿Recuerda usted las lágrimas vertidas, mis súplicas para impedirle partir? Su voluntad resistió a todos mis ruegos. Ya el amor de la gloria se había apoderado de usted . . . He tenido, y tengo aún la confianza de creer que usted me amó sinceramente, y que en sus triunfos como en los momentos de peligro pensó usted que Fanny lo acompañaba en espíritu . . . Todavía tengo la esperanza de volverlo a ver, de estrechar contra mi corazón al sér más digno que ocupa todos mis pensamientos. Dígame, pero escrito de su mano, que me conserva una amistad verdadera . . No tengo ya el derecho de ser exigente . . Adiós, yo lo amo y creo que no es porque le he amado que le amo tánto . . Le envío con qué defenderse: un puñal, y mi retrato por talismán".

Y realmente, entre las primeras amantes de Bolívar ninguna que haya despertado más la curiosidad de los cronistas, ninguna más atractiva por su inteligencia, su aristocracia y su belleza que su prima Fanny Louise Denis de Trobiand de Keredern y Aristeguieta, hija de una Aristeguieta casada con el barón de Trobriand, y esposa del Conde Dervieu du Villars. Cuando Bolívar la conoció en París en 1804 tenía 21 años, Fanny 28 y el esposo de Fanny 54.

Incierto de su destino, en plena juventud,

Bolívar buscaba entonces en los placeres el indispensable alimento de su espíritu. El libertinaje, la pasión del juego lo absorbieron; pero también necesitaba un confidente, un alma que se hermanara con la suya, un corazón que latiera en concierto con el suyo. Perseguido por una idea fija era menester confiar su secreto a alguien. Era el fin de noviembre. Bolívar dejó la elegante *rue Vivienne* por otra más tranquila, la *rue Lancry*. Allí volvió al sosiego, a sus libros y allí Fanny du Villars oyó admirada a aquel hombre que soñaba con la libertad de un mundo. No sonrió ante tales ilusiones, antes bien, fue la primera persona que tuvo fe en él, fue su primer sectario. Bolívar le abrió su corazón y la hizo depositaria de su secreto. Fanny lo alentó, entre agasajos y besos, por el camino de la gloria, exaltó su imaginación, fortificó sus propósitos y, adivinando el porvenir, preparó al héroe para la Patria.

En abril de 1805, después de diez meses de desórdenes en París, Bolívar pasó a Italia. Harto de deleites iba en pos de nuevos aires y nuevas aventuras. El amor de su patria renacía en su corazón y fue entonces cuando sobre el Monte Sacro hizo el famoso juramento. Más tarde, Bolívar regresó a París para dar su último adiós a Fanny en una escena que ella debía recordar hasta su muerte. Fanny aceptó el sacrificio de la separación y Bolívar partió. Sólo una persona sabía el secreto que llevaba a aquel hombre a América: Fanny. "Creo haber merecido los sentimientos que a usted inspiré—le escribía de París, el 6 de abril de 1826— por la sinceridad de los míos. Con orgullo recuerdo las confidencias respecto a los propósitos para el porvenir, la sublimidad de sus pensamientos, y su exaltación por la libertad. Yo valía algo en aquel tiempo, puesto que usted me encontró digna de guardar su secreto.

"Hace hoy 21 años, mi querido primo, que usted dejó a París y me regaló una sortija que lleva esta misma fecha, *6 de abril*. . Le mando mi retrato y el de mi hijo Augusto, que está en toda la lozanía de la juventud. Su fisonomía le recordará a usted la mía que en el retrato deja ver las huellas del tiempo, pero el corazón siempre es el mismo . .".

En el número elegantísimo que esta revista[1] consagró a conmemorar el centenario de la muerte del Libertador se publicaron en colores, tomados de los originales, los retratos que Fanny envió a Bolívar con las cartas citadas fragmentariamente. Al respaldo de los retratos se encuentran las dedicatorias trazadas por la mano de Fanny y que fueron reproducidas en facsímile. La del retrato de Augusto dice: "Souvenir d'Auguste Dervieu du Villars a son parent et protecteur Bolívar", etc. La palabra "parent" aparece enmendada, pero claramente se lee "pere" bajo "parent".

"Todas las mujeres bonitas de París se

Salutación

—Envío del autor—

Gabriela Mistral,
mi Patria ha sentido tu planta
y se siente toda hoy primaveral . . .
Quiera nuestra suerte
que tu planta de apóstol reviente
en el duro erial
de Hipocrene la límpida fuente
y sea perenne y claro manantial!

¡Gabriela Mistral!
Abre tu regazo
y aduerme el ensueño quieto que palpita
en la entraña tibia de mi Costa Rica
y extiende tu brazo
en el mismo gesto de la Sembradora,
y siembra, Señora,
la semilla rica,
la única semilla que fruto dará,
la del idealismo, la de la cultura,
que dará mañana la fruta más pura!

Señora,
con haber venido nos vino la Aurora!

Los hombres olvidan su viejo rencor,
las mujeres miran en ti su ideal
y los niños cantan un canto de amor
y ensaya el poeta algún madrigal
y todo palpita y repite en un canto
¡Gabriela Mistral!

Y al decir tu nombre, en la Patria suena
a noble alegría y anhelo inmortal
y se ve en tu amplia frente nazarena
que hay el claro signo de una Epifanía
y todo contigo se llena,
¡Gabriela Mistral!

Rogelio Sotela

San José. Setbre. 5 de 1931.

---

disputan el honor de ser comadres de usted, pues es usted querido aquí como un dios, le dice el 14 de mayo de 1826. La hija de Santiago (hermano de Fanny), a quien estoy educando, se llama Fanny y será más bonita de lo que yo fui en la flor de mi belleza".

De las muchísimas cartas que escribió Fanny a Bolívar quedan solamente las pocas recogidas por O'Leary en el Tomo XII de su Colección, y una publicada en el *Journal des Debats* de 1826, en *El Faro Militar* de Lima en 1845, luego reproducida en *La Patria* de Quijano Otero en 1872, en las *Leyendas históricas* de Arístides Rojas en 1891, en la *Historia secreta de Bolívar*, París, 1925, y en las *Cartas del Libertador*, publicadas últimamente por Vicente Lecuna, quien la considera auténtica, pero quizá infielmente traducida, y tal vez en parte adicionada o alterada. Esa carta es la de 1804, la primera que escribió Bolívar a Fanny.

Las cartas inéditas de Fanny publicadas ahora son seis dirigidas de París, Lyon y Londres en 1820, 21, 23, 25 y 30 y se han publicado en francés. Son largas cartas en que Fanny cuenta a su antiguo amante intimidades de su familia y recuerda los felices días pasados con él en París. El 5 de febrero de 1821 le escribe de Lyon "Aún ocupo la casa de los boulevares donde usted me conoció . . Todos los que me rodean lo admiran como yo, pero en cuanto a ternura me vanoglorio de ganarle a todos y de haber sido la primera que adivinó la gran carrera que se le esperaba. Escríbame a París *Rue basse Saint Pierre Nº 22 Boulevard de Ménilmontant*. Fue allí donde pasamos días tan dichosos y que espero no habrán muerto en su memoria, como no han muerto en mi corazón . . Estoy cierta de volver a conocer la felicidad si la debo a Aquel a quien estoy tan tiernamente ligada por toda la vida".

El 28 de abril de 1823, de París: "He sido fiel a la promesa que le hice con respecto a mi casa de la *Rue basse St. Pierre Nº 22* sobre el *boulevard du Temple*. La conservaba con la esperanza de recibirlo aún, pero obligada por las circunstancias difíciles la he arrendado por algunos años y habito ahora otra que no me pertenece en la *Rue du Faubourg Poissonière, Nº 58*. Es allí donde le ruego escribirme lo más pronto posible. Su ahijado Simoncito Briffard (el único que creo tiene en Europa), es digno de sus bondades y tiene el más vivo deseo de ir a buscarlo. Adiós una vez más, crea que nadie está más orgullosa de pertenecerle, ni ha tomado más parte en su gloria que su prima y antigua amiga".

De París el 20 de agosto de 1825: "Cuánto tiempo, querido primo, que no recibo sus cartas siendo la primera y la última la suscrita en Guayaquil el 20 de julio de 1822 que llegó a mis manos el 6 de octubre de 1823. Desde entonces no he hecho más que escribirle y yo en cambio no he obtenido el menor recuerdo, pero afortunadamente la Fama de su nombre se ha encargado de suplir su silencio y por ella he sabido todas las maravillas que le han llevado a la cumbre de la gloria. Yo, a quien confió usted hace 21 años sus planes y proyectos, lo coloco por encima de Washington por las inmensas dificultades que ha vencido para dar libertad a un mundo".

Importa observar que al paso que las cartas de Fanny para Bolívar abundan en las colecciones antiguas y modernas que se han publicado, las de Bolívar para Fanny se reducen a la de Guayaquil, que ella dice recibió, pero que no conocemos, y a las dos dirigidas de París en 1804 y de Cádiz en 1807, a tiempo de embarcarse para América; pero hay otras cartas del padre, del marido, del hermano y de los hijos de Fanny a Bolívar, y de éste al barón de Trobriand y al conde Dervieu du Villars y que también acaban de publicarse.

La última carta de Fanny es del 17 de enero de 1830 y en ella le pide el puesto de secretario de la Legación de Colombia para su hijo Eugenio de 24 años: "Mi hermano Santiago, cuya dicha envidio, fue a hacerle una visita a Colombia y ha regresado lleno de entusiasmo, de admiración,

---

(1) Se alude a *Cromos* de Bogotá.

de gratitud por las bondades con que usted lo honró y colmó; pero viene sin traerme de usted ni una sola palabra afectuosa después de 6 años de silencio a todas mis cartas y de los varios recuerdos que le he enviado entre ellos mi retrato y el de mi hijo mayor, del mismo tamaño. (Son, sin duda, los que posee la señora Leonor Vargas Cheyne de Vélez y que fueron reproducidos en esta revista el 13 de diciembre último) . . Mi vida sería completa si pudiera volverlo a ver en Europa. Espero tener esta dicha antes de morir, aunque ya no pertenece a la amistad ni aún a usted mismo, puesto que sólo ya vive para la gloria. Adiós, Bolívar, el héroe de mi siglo, el Universo lo contempla. Su amantísima prima, Fanny Dervieu Du Villars, née de Trobriand Aristeguieta".

Es la última carta, por su fecha, que conocemos de Fanny du Villars para Bolívar. La familia Trobriand cayó más tarde en desgracia. El barón dejó el servicio militar por su avanzada edad y la miseria parecía cernerse sobre aquella opulenta casa. Después . . El sepulcro, la leyenda, el olvido y sólo algún poeta, amigo del pasado, de las cartas borrosas, de los libros amarillentos que, conmovido, sueña con las amantes que enmudeció la muerte . . .

En todas sus cartas Fanny se queja del silencio que guarda su primo ante sus innumerables misivas. "Espero, querido primo, que esta carta no correrá la misma suerte de las que le he dirigido hasta hoy y que parece no ha recibido". En otra: "Ya le he escrito tántas veces, mi querido primo, y sobre todo hace algunos meses por conducto de la señora Zea. No concibo que no haya recibido mis cartas o que no quiera contestarme". Más tarde: "Más de doscientas cartas le he escrito, y yo sólo he recibido una de Guayaquil", le dice de Paris el 14 de mayo de 1826; y en otra parte: "Desde el mes de septiembre último (8 meses), cincuenta veces, por lo menos le he escrito". Y otra vez: "Esta carta, mi querido primo, no es sino la repetición de muchas otras que le he dirigido por diferentes conductos y que siempre quedan sin respuesta. Me complazco en pensar que no las he recibido porque me sería penosísimo creer que se ha enfriado su cariño por mí. Aquel a quien su genio ha colocado tan alto y que lo ha sacrificado todo para dar libertad a su patria no puede ser un ingrato. Ahora que usted ha realizado todos los sueños que me confió a los 24 años piense, querido primo, que yo sola he quedado estacionaria y que cuento con sus bellas promesas a pesar de los años y de las huellas que la garra del tiempo ha dejado en mi belleza. Algunas personas me dicen que me defiendo admirablemente, pero un espejo fiel destruye todas esas ilusiones . ."

Con las cartas inéditas de Fanny se han publicado otros documentos, también desconocidos, relativos a la vida galante que llevó el insigne caraqueño en Paris de 1804 a 1807. Un hijo de Fanny refiere sus excentricidades: "Mi padre (el Coronel Dervieu du Villars) habitaba en Boujinad una casa en la que había un gran jardín. Cuando Bolívar se paseaba en él destrozaba todo lo que encontraba, ramas de árboles, yemas de la viña, flores, frutas, etc. Mi padre, que cuidaba con tánto esmero su jardín, entraba furioso viéndole cometer tántas locuras. Arrancad las flores y las frutas que queráis, le decía él; pero por Dios! no arranquéis estas plantas por el solo placer de destruir. Oh! perdón, coronel!, contestaba Bolívar: Creo que la mariposa no es más voluble que yo, pues apenas arranco una flor, cesa ya de agradarme, y deseo otra. Entraba a la huerta de árboles frutales y mordía todas las peras sin concluir ninguna.

"La casa no estaba tampoco al abrigo de su manía destructora; arrancaba las franjas de las cortinas, desgarraba con los dientes los libros que estaban en las mesas, desbarataba la chimenea con las tenazas; en una palabra, no podía estar diez minutos sin romper alguna cosa. Estos caprichos fantásticos indicaban, me parece, la necesidad que tenía de moverse y de obrar, ansiedad devoradora que no hallaba aún su empleo y su objeto".

Es posible que más tarde aparezcan otras cartas de Fanny para Bolívar. Los archivos privados ocultan sin duda muchos secretos. Felices los escritores que algún día puedan tener las primicias, como los de hoy hemos tenido las de estas cartas inéditas que tan elocuentemente pintan una pasión que rondó en la vida de Bolívar, durante un cuarto de siglo, sin que él, como el *Don Juan en los Infiernos* de Baudelaire, se dignara ver nada:

Es posible que más tarde aparezcan otras cartas de Fanny para Bolívar, y de él para ella, y quizá, alguna que, se dice, recibió en San Pedro Alejandrino, poco antes de su muerte. Tal vez en aquellos días de desolación su corazón desgarrado por todas las amarguras se ablandaría ante el último recuerdo de aquella mujer apasionada que a través de la buena como de mala fortuna lo había acompañado con su cariño constante, que tan suavemente le había increpado su ingratitud, y que, ahora, cuando todos lo abandonaban, sólo ella permanecía fiel a un antiguo amor siempre suspirado, y es posible también que sea cierto que en aquellos solemnes días, el recuerdo de Fanny du Villars, Bolívar *clavó la vista en el confín arcano, vió por última vez el oceano, y rompió a sollozar . . .*

Cornelio Hispano

Estampas

El letargo de los ensimismados

El intelectual nuestro vive pagado de su puesto en el mundo

— Colaboración directa —

Si las mismas estrellas, dice Gracián, vivieran entre nosotros, a dos días perdieran su lucimiento. Lo dice censurando lo inestable de la simpatía y la estimación humanas, efímeras virtudes cuando no nacen del reconocimiento del valor superior que una persona o una cosa tienen. Intereses, vanidades, son comunmente el estímulo del corazón y de la mente. Dígannos la voz justa y tras ella echamos a correr la pérdida de toda simpatía y estimación. Si Gabriela Mistral, pensábamos al verla desembarcar, trajera en sus apuntes registrada la curiosidad de hablar de alguna faz de nuestro país (de la intelectual, por ejemplo) entraría en un cercado peligroso. Tendría que censurar y el intelectual nuestro vive pagado de su puesto en el mundo. No vaya nadie a discutirle su eminencia porque perderá enteros los lucimientos y con ellos el reposo. Mas, ¿por qué se nos ha ocurrido que el intelectual podría ser el personaje en quien esta viajera extraordinaria concentrara su meditación? Quizá por ser ella también una intelectual. Quizá más que todo por el anhelo de ver trastornado este estancamiento, este letargo de los ensimismados. Por ser su espíritu de los de penetración fina y grande, ha podido desentrañar en el intelectual de verdad una función creadora. ¿La vería en el intelectual nuestro? Posiblemente no. Y al no verla y reconocerlo así chocaría contra un arrecife erizado de vanidades.

Nos hemos acostumbrado a mirarnos en un espejo que abulta todas nuestras proporciones y cuando alguien nos dice que estamos engañándonos, bufamos y nos apegamos más al espejo. El intelectual de por acá, ambicioso por atraerse la atención del mundo grande, olvida que antes está el mundo pequeñito en que tiene que crecer y morir. Por ese olvido malogra sus capacidades y pierde toda influencia en su país. Ni siquiera puede conquistar influencia política, que es la que más lo cautiva. ¿Qué espectáculo observaría Gabriela Mistral si con el ánimo de conocerlo y divulgarlo pusiera su pensamiento en el intelectual nuestro? De seguro uno de los más desalentadores. Lo vería, en política, arrebañado, sumiso, marcando siempre el paso del cacique que lo tiene a su servicio. Pobre destino el del intelectual que ha olvidado que sus funciones son creadoras. Y si en política marca el paso, en otros menesteres propios de su condición no da señales tampoco de superioridad. Si produce el verso, si produce la prosa no hay en ellos el toque de la entraña. Todo es obra de superficie y no de hondura. Lo importante es ocupar el sitio desde el cual no se ejerza ninguna

función y se simule que en él todas están concentradas. Porque precisa aparentar hacer creer que efectivamente se es intelectual. Y no es así.

Al viajero inteligente no podemos engañarlo. A Gabriela Mistral no habríamos podido hacerla decir que nuestro intelectual está en posesión del papel creador que ella le asigna en su ideología nueva y profunda. Por ello hemos querido que alumbrara sobre este cercado de engaño. De su examen habríamos derivado muchos beneficios. No piensen, si acaso leen esta *Estampa*, que andamos tras el escarnio. Queremos regar bienes sobre nuestro país. Queremos regar el inmenso bien de acabar con todas las supersticiones. ¡Qué hay más funesto para un pueblo que la superstición! Y el nuestro está enredado por muchas que hacen de él un esclavo miserable.

La superstición del intelectual es digna de una batalla. No debemos malograr la ocasión que nos ofrece la venida de esta gran mujer de la América. A nosotros al menos nos parece que debemos mirarnos y remirarnos hasta sentirnos en absoluto despojo de la plumajería de la simulación. El país necesita pára su grandeza del intelectual, pero no de lo que ahora tiene, remedo y nombre nada más. No hay severidad en nuestras palabras para quien las juzgue a través de la aspiración de servir realmente al país. Matemos la vanidad, personajes y personillas, y hagamos campo a una reflexión sana. Si cada uno de los que aquí pasa por intelectual siente la necesidad de servir a los intereses de su país, de aportar a su engrandecimiento una capacidad creadora, limpie su vida del ripio que la atosiga. Y esa limpieza aprovéchela para cultivarse. No nos quedemos rezagados. Mucho pecamos por este lado. Necesitamos el mayor contacto con las ideas que circulan por el mundo. Démonos cuenta de que la vida de quien aspira a crear una porción de su patria, es vida de intenso y constante sacrificio. Hagamos el paralelo de lo que somos y de lo que tenemos que ser y la distancia enorme que nos separa de la realidad nos estimulará en la batalla.

¿Pero en realidad tiene el intelecutal una gran función en un país? Si es función creadora, como la concebimos, no podemos ocultar su valor de grandeza. La mente que trabaja con una capacidad superior puede reflejar justamente aquello que el mundo va ofreciendo a la civilización. Y el intelectual, que posee esa mente, recoge y renueva el sustento de su país. No da nunca un país en donde el intelectual ocupa su puesto verdadero la impresión de rezagado. Por muchos rumbos le llega el aporte de civilización. Por esto debemos acabar en nuestra patria con la superstición del intelectual. En nuestro medio es inofensivo en cuanto no tiene ocasión de convertirse en azote de ninguna vida. Pero es ineficaz para producir una cultura, para ejercer una función social. Y usurpa un nombre que no puede corresponderle, subordinado como está a tanta desorientación. Es necesario que las generaciones en formación no vayan a mirar el tipo actual de intelectual. Tienen que producir otro representativo desterrando el engaño para que el verdadero aparezca.

Creemos que ha sido para nuestro país una gran fortuna la venida de Gabriela Mistral. Y creemos que de aquí debía partir el movimiento para producir el verdadero intelectual. Una vida tan llena de grandeza bien puede marcarle a un país que la ha sentido asomada a su entraña, el comienzo de un ciclo de cultura. En todos aquellos en quienes sus inquietudes han prendido ha de hacerse fuerte la idea de creación de mentes ágiles y capaces. Escuchamos sus dos conferencias con profunda atención. ¡Cuánta idea, cuánto aliento nuevo en ellas para un país que quisiera renovarse, que anhelara dar a sus generaciones la arteria de un torrente nuevo! Hemos vuelto encendidos en el ansia de vivir el ejemplo de esa noble vida. Ejemplo de estudio y de meditación. Ha estado en contacto con lo nuevo de Europa, con lo nuevo de los Estados Unidos, con lo nuevo de la América. Y se ha conservado nuestra. Porque es de estos pueblos, los busca y les habla. Hagamos que se le responda con verdadera comprensión de sus palabras. Tenemos muchos problemas sobre los cuales Gabriela Mistral nos debe su parecer. El Norte quiso retenerla, hacerla suya, porque la vió con autoridad suprema sobre estos pueblos. ¡Qué inapreciable conquista querían exhibir! ¡Cómo sentimos el tributo que ella se vió obligada a pagar! Pero sigue siendo voz de la América nuestra. Confiemos a su consejo la solución de más de uno de nuestros grandes negocios. No contratemos experto extranjero para tratar esos negocios. La Educación es uno de los grandes negocios, de los vitales negocios de estos pueblos. Pues pueblo que atolondrado quiera pedir orientador forastero, deténgase en el camino de su error y busque entre los buenos nombres americanos, el de esta educadora con una visión clara de lo que tiene que ser la Educación en el destino común de la América.

Volvemos a la cita de Gracián y sentimos que no es el nuestro de los corazones inestables cuando la censura llega severa y justiciera. No pierda lucimiento ninguna fulguración proyectada sobre nuestro medio en tinieblas. Necesitamos voces de gran justicia y severidad que nos hagan pensar en el estancamiento en que están sumidas nuestras vidas. Por eso imaginamos a Gabriela Mistral empeñada en hacernos comprender lo fuera de órbita que está el intelectual de por acá. El examen que hubiera hecho habría lastimado a todos por igual. Pero nos habría vuelto a la realidad, desensimismándonos, matando el engreimiento en que estamos sumidos. Si hemos de enorgullecernos del intelectual, tenemos que producirlo. No lo tenemos hace mucho tiempo. ¿En dónde se manifiesta? En ninguna parte. Porque el chisporroteo ocasional de algunos no alumbra sitio pequeño ni grande. La función creadora de la mente es lo esencial. Y aquí no existe. Si no ha de ser vano el paso de Gabriela Mistral por Costa Rica, tenemos que esforzarnos en producir valores humanos nuevos. Gente de estudio, gente de meditación es lo que necesitamos. Esta gran alma de América que es Gabriela Mistral ha de hacernos el beneficio de un cambio. Esperémoslo y pongamos la proa, como el barco que ahora zarpa, hacia el rumbo nuevo, hacia el horizonte luminoso.

Juan del Camino

Limón y setiembre del 31.



Canales interocéanicos: Panamá, Nicaragua

Sr. J. García Monge,
San José, Costa Rica.

Mi excelente amigo y compañero:

En respuesta a la muy atenta carta de usted he dedicado algún tiempo a formular una respuesta a las preguntas propuestas por la Liga de Reconciliación. Sigo pues el orden en que ellas aparecen en el *Repertorio Americano*.

I. a) Un tratado internacional es válido mientras las naciones signatarias no lo denuncien. No sé que haya sido denunciado por Nicaragua o por los Estados Unidos el tratado Chamorro-Bryan. En él se negociaron los derechos que Nicaragua posee o poseía en 1914 en la ruta del proyectado canal. Los derechos o intereses que otras naciones vecinas tienen o pueden tener no pudieron ser afectados por dicho tratado, desde luego que ellas no participaron en él. Nicaragua no podía vender, ni los Estados Unidos comprar lo que a Nicaragua no pertenecía. Las protestas de las naciones limítrofes dejaron a salvo sus derechos e intereses. La Secretaría de Estado siempre estuvo pronta a reconocer esos derechos, si bien no siempre consideró equitativo el precio que las otras naciones afectadas solicitaban entonces.

b) El Tratado Chamorro-Bryan deja incólumes los derechos de las naciones circunvecinas. Nicaragua vendió lo suyo; no lo ajeno. Los Estados Unidos jamás pretendieron comprar en Nicaragua la propiedad de Honduras o El Salvador. Costa Rica pretendió vender una opción también. No hubo acuerdo sobre el precio. Eso fué todo.

c) Honduras y El Salvador tienen comunes intereses. Costa Rica tiene muy diferentes intereses. El problema de Costa Rica puede llegar a ser único en la Historia. Sus estadísticas necesitan una mirada más amplia que la simple visión de intereses canaleros en la región de Nicaragua. Costa Rica será la primera isla que entre dos grandes Continentes ha causado la mano del hombre. Esa isla, situada entre dos canales abiertos por una poderosa nación, tiene un destino diferente. Sus problemas serán más complejos y sus relaciones con los Estados Unidos más íntimas, para su redención o su servidumbre, según el querer de las fuerzas morales de la nación y de sus estadistas. Asociarse a Nicaragua, El Salvador y Honduras para formular un tratado común será siempre un error. Por el momento los problemas de Costa Rica son suyos nada más. Si las naciones de Sud América constituyesen una federación Costa Rica podría aspirar a una declaración de neutralidad y de independencia garantizada por ambos continentes. Su raza y su cultura justificarían la aspiración.

II. a) Sí, un nuevo Tratado es indispensable, si se desea resolver de una vez por todas el problema de resentimientos y rivalidades de pequeñas naciones menos celosas de su independencia moral que de la provisión de rentas y proventos económicos.

b) La experiencia de Panamá y los ideales de los estadistas llamados a tratar determinarán las medidas necesarias para salvaguardar las bases del bienestar de Nicaragua y de las otras naciones centroamericanas. Costa Rica debe limitar su acción a cuanto concierne las aguas y territorios adyacentes al canal, negándose a incluir nada que se refiera a las comunicaciones entre los dos canales. Lo cual deberá ser el objeto de otro tratado independiente, amplio y liberal.

III. *Cuestiones generales.* a) Mientras no haya en la América Hispánica una perfecta comprensión de sus destinos en relación con los de los Estados Unidos su intervención en los negocios del Canal será un constante motivo de fricciones peligrosas para la paz del continente. Un Consejo internacional fácilmente puede convertirse en un centro de intrigas políticas y pronto su actuación asumiría la insignificancia de un Consejo Pan-Americano. Los Delegados nombrados por los Gobiernos verían en su alta representación una oportunidad para su personal engrandecimiento. La sumisión a Washignton podría llegar a ser no una obra de comprensión y de cordura sino de rebajamiento en vista de fines mercenarios. Sería un cortejar del favor del poderoso para propósitos domésticos. Mientras la democracia envilecida por los politicantes profesionales haga las elecciones o las revoluciones que exaltan los presidentes las repúblicas de Hispano América continuarán avanzando hacia su ruina como naciones independientes. El único remedio es la Federación de todas ellas, por lo menos para su representación en el Consejo de las Naciones o para la solución de los problemas continentales y de comercio entre los estados. ¿Con cuál derecho se presentarían naciones como Argentina o Venezuela, Bolivia o el Ecuador a ejercer dominio en los negocios del canal de Nicaragua? En cambio cuán grande no sería la influencia de todas ellas solidarizadas en la Federación. Las pequeñas naciones tratarían secretamente con el poderoso, y éste siempre tendría la mayoría necesaria, en el caso de que todas entrasen a formar parte del Consejo internacional. Lo cual no podría acontecer tan fácilmente si la Federación actuase como una única entidad en representación de todos los estados. Por otra parte para ejercer dominio dignamente se hace indispensable la correspondiente contribución de fondos para la ejecución de la obra. De otra manera su voz sería puramente académica.

b) No, el Canal no debe fortificarse. Es gasto inútil. Lo que un grupo de hombres hace otro grupo de hombres puede deshacerlo. Campos de aviación en la vecindad del Canal serían bastantes para su eficaz defensa, en caso de insensata necedidad.

c) El Canal deberá pertenecer al Continente. Pero los estados que contribuyan a su ejecución deberán resarcirse de las expensas hechas. Impuestos de tránsito deberán establecerse por todo el tiempo necesario para el pago de esas expensas, luego tan sólo cuando fuese necesario para el sostenimiento y operación del Canal.

d) De acuerdo con los más elevados principios de humanidad y de equidad que han inspirado las mejores leyes obreras que se conocen; pero sin sujeción a las ligas o uniones de obreros. Trabajo libre para todos los hombres de la tierra que reúnan las condiciones requeridas por la naturaleza del trabajo.

Aquí tiene usted, mi estimado amigo, esa respuesta que usted solicitaba. Y agradeciéndole la deferencia, le reitero las expresiones de admiración y afecto con que siempre soy de usted amigo y compañero,

R. Brenes Mesén

LIGA DE RECONCILIACION

(Fellowship of Reconciliation)

San José, Costa Rica,
17 de Enero de 1931.

Señor Don
....
P.

Muy distinguido señor:

Es bien probable que en el curso de este año el Congreso de los Estados Unidos trate de manera definitiva el proyecto de construcción de un canal interoceánico por Nicaragua. En redor de este asunto hay opiniones muy diversas que, en la América Latina, sería deseable cristalizar. En los Estados Unidos pesa cada vez más la opinión latinoamericana, y conviene que el Congreso norteamericano pueda, para ilustrar sus deliberaciones y llegar a una conclusión que sea justa para con el continente contar con la opinión pública latinoamericana más esclarecida, sobre los siguientes puntos o cualesquiera además de ésos que usted sugiera

I.—*El Tratado Chamorro-Bryan:*

a).—Validez de este Tratado.

b).—Interpretación de dicho Tratado.

c).—¿Cómo deben solucionarse los conflictos originados, con motivo de dicho Tratado, entre los Estados Unidos, por una parte, y las Repúblicas de Costa Rica, El Salvador y Honduras, por otra?

II.—*Un nuevo Tratado:*

a).—¿Se necesita o no un nuevo Tratado? ¿Entre quiénes?

b).—Si es necesario, ¿cuáles deben ser sus puntos esenciales con relación:

1).—A los derechos y al bienestar de Nicaragua; y

2).—A los derechos y al bienestar de las otras Repúblicas de Centroamérica?

III.—*Cuestiones generales.*

a).—En vista de su importancia para todo el continente como vía de comunicación y transporte, ¿debe el nuevo canal ser del dominio exclusivo de los Estados Unidos de Norteamérica o empresa bajo el dominio internacional? En este último caso, ¿qué clase de dominio internacional aconseja usted?

b).—Adoptada cualquiera de las dos alternativas arriba indicadas, ¿debe fortificarse o no este nuevo canal?

c).—¿Qué estipulaciones deben establecerse referentes al tránsito por el canal?

d).—¿Cómo deben resolverse los problemas obreros, y los del comercio que presente la construcción y mantenimiento del nuevo canal?

Repertorio Americano, semanario continental, generosamente ha abierto sus columnas, haciendo suya esta encuesta, para la publicación de las respuestas que se reciban y de los documentos e informaciones que puedan ilustrar la opinión para formarse juicio sobre estos problemas. Rogamos a Ud. dirigir su respuesta al Sr. Joaquín García Monge, Director de *Repertorio Americano*, San José de Costa Rica.

De usted con el mayor respeto,
por la LIGA DE RECONCILIACION,

Carlos Thomson,
Secretario en la América Latina.

Carta de Carmen Lyra a Gabriela Mistral

San José, Costa Rica, setiembre 15 de 1931.

Mi querida Gabriela Mistral:

Yo deseaba haber publicado esta carta antes de su partida, pero hasta hoy no me es posible escribirla ¿En qué punto del globo logrará alcanzarla? Cuando Ud. la lea, Costa Rica no será en su memoria más que un parchoncito como aparece en el mapa mundi, con una especie de cabecillas de alfiler que le hacen signos cordiales y que no son otra cosa que las cabezas de los que aquí nos quedamos queriéndola con noble querer.

El objeto de esta carta es el de ampliar su información literaria respecto de Costa Rica. En su conferencia sobre Federico Mistral y el felibrigio, se refirió Ud. a mí como el único representante de la preocupación por el *folklore* del país, Pero esto no es así: ha habido en Costa Rica muchos escritores que la han tenido, y cuya tarea ha sido más difícil que la mía, pues el único trabajo que me han dado los *Cuentos de mi Tía Panchita*, ha sido este de repetir con placer en el alma, lo que voces ya cascadas o de las cuales sólo queda un recuerdo sutil, me narraron cuando yo era una chiquilla.

Le voy a dar en mi carta los nombres de estos escritores. La tarea es grata a mi corazón porque es el recuerdo del goce que la lectura de las obras de algunos de ellos me ha ofrecido.

Aquí está de primero don Manuel de Jesús Jiménez, cuyos relatos del Cacique Garavito y de hechos acaecidos en nuestro terruño en los años iniciales del siglo XIX, siempre han sido para mi pensamiento, lo que para mi paladar una taza de chocolate coronado de rubia espuma, batido con cacao de mejores tiempos, cuando la fabricación de los panecillos la llevaban a cabo pulidamente manos muy limpias y hacendosas, chocolate servido con acompañamiento de pan dulce bien aliñado, bebida y manjar que habría hecho relamerse de gusto a una reina. Por sus páginas inolvidables desfilan las casas de nuestros antepasados, de horcones y bahareque, paredes encaladas y ventanas protegidas por torneados barrotes, casas «coronadas de musgos y siemprevivas»; con sus patios enclaustrados, sembrados de eneldo, manzanilla y borraja. ¡Cuántas abejas deben de haber zumbado en las mañanas en esos jardinillos de plantas medicinales y flores olorosas! Estas son las amplias salas con el estrado en donde la madre y las hijas cosen a mano la ropa de la casa, mientras hablan mal del prójimo. Estos son los dormitorios con las cujas con su pabellón de «género de ruan adornado con encajes y farfalao», su ajuar compuesto de «estera de vena de plátano, colchón de junco de Coris, petate de Masaya, cobo, etc.» y el rodapie que oculta «las costras del guacal y los tufos ingratos del bacín». Este es el comedor con su mesa y su arcón de noble cedro, sus servilletas chocolateras, sus escudillas del Tejar y sus jícaras de Matina y esta es la cocina «amplia y ventosa» con el fogón de tinamastes como los que todavía se ven en las casas de los campesinos.

Así como en un pocito de agua pura del tamaño de un espejo de bolsillo se ve reflejado perfectamente el paisaje con su fondo de montaña, los prados florecidos, las casas con el mechoncito de humo prendido del techo y el movimiento de hombres y animales, así en los breves relatos de don Manuel de Jesús, se da uno cuenta de lo que era Costa Rica en el 1800 y años inmediatos posteriores: la pobreza que obligaba a nuestros antepasados a cubrirse con corteza de árboles, la frugalidad de la vida, la manera de hacer justicia, las cosas que se gastaban en una casa y sus precios, el primer reloj público de Cartago fabricado por el sacerdote Miguel Bonilla, los funerales y cabos de año, la lealtad de nuestros antepasados a España y al degenerado Fernando VII. De buena gana no dejaría el comentario de estas narraciones: las fiestas reales de la Jura de Fernando VII y los juegos de pólvora, los toros y los cantos en loanza al soberano español; las carreras de caballos, la diversión más antigua de Costa Rica con que se celebraba el día de San Juan. «Nadie se quedaba el día de San Juan sin montar a caballo. Las damas más gentiles, los muchachos más elegantes, los vecinos más respetables, los orilleros, los campesinos, todos tomaban parte en las cabalgatas de por la mañana, salvo caso fortuito o fuerza mayor. Ahora pasaba un gamonal acaudillando un grupo de mestizos, después un señorón gobernando una cuadrilla de doncellas; ahora un marido llevando en el tejuelo de su albarda a la consorte, luego un padre de familia con la recua de criaturas por detrás; cabalgando todos, hombres y mujeres, grandes y chicos radiantes de alegría, por ser día de San Juan.» Las golosinas con que se regalaban los paladares en las fiestas: mistela de leche con prestiños, enlustrados y zapotillos; los vestidos de gala de los señores que formaban el Muy Noble y Leal Ayuntamiento y el Cuerpo de Justicia y Regimiento: «sombrero de castor, coleta larga de a jeme, corbatines negros de resorte, camisas de cordón, casacas de paño verde con botones amarillos, calzones a media pierna de tapa entera y oreja, medias blancas labradas, zapatos de talpetao y capas a la española». Los comentarios alrededor del acontecimiento de nuestra independencia, llenos de fina ironía y que son como una caricatura en la que se pone de relieve lo que todavía forma el lado infeliz de nuestro carácter: «Aquí ellos habían aceptado la independencia, hablando en plata, por no tener otro camino que tomar, no sin que adoptasen infinitas precauciones para salir con bien de aquel aprieto.» «Aquí estaban por irse con el que ganase. Toda la dificultad estribaba, pues, en everiguar por cuál lado repuntaba la victoria; mas eso era bien difícil sin tener mejores datos, y esperándolos resolvieron agazaparse «mientras se despejaban los nublados del día».

Pero seguir con don Manuel de Jesús, sería de nunca acabar.

Sobre la mesa tengo a don Ricardo Fernández Guardia con sus *Crónicas Coloniales* y sus *Cuentos Ticos*. Este don Ricardo Fernández Guardia ha sido uno de nuestros escritores que más han desempolvado archivos y más han hurgado, escarbado y hecho cortes en los sedimentos de nuestro pasado. Y cada memoria interesante que encuentra, la saca a la luz con gesto de epicúreo satisfecho, como un orfebre expondría ante nuestros ojos una joya de manera que la luz jugara en las facetas de las piedras preciosas y realzara la pieza. Sus narraciones de la época colonial son de esas que siempre se desea leer en compañía inteligente, para tener con quien cambiar miradas y sonrisas en ciertos pasajes en donde el estilo es perfecto o en que la malicia guiña los ojos a través del enrejado de la frase, Aquí en las *Crónicas Coloniales* está la vida de Costa Rica en los siglos XVII y XVIII con sus conquistadores, gobernadores y adelantados, sus frailes y bucaneros, y sus mujeres bellas que sabían pecar con tan gracioso descaro. Sobre un fondo de aventura y arrojo, la intriga, la astucia y la bellaquería van y vienen como siempre.

Ahora le toca el turno al más querido de todos, por el costarricense: Aquileo Echeverría el Poeta. Aquileo es nuestro Federico Mistral: él revela y enaltece la poesía que hay en la sencillez de nuestro pueblo. Coge la torpeza del «concho», como quien coge un trozo basto de cedro y se pone a aserrarlo, a cepillarlo, a pulirlo, a esculpirlo y resulta, Gabriela Mistral, esta caja sonora de guitarra o este teclado de marimba que rompe a cantar de un modo tal que uno siente que tiene que bailar y reír a carcajadas e irse por los campos corriendo bajo nuestro sol en busca de un concho que nos brinde la sombra del corredor de su casa y el agua de su tinaja. Mire Gabriela Mistral, Ud. lo mismo encontrará en Costa Rica los versos de Aquileo en los labios del que llaman gran señor que en los de más humilde criatura del pueblo, en los del viejo que en los del niño. Y vea lo que dijo de él Rubén Darío. En primer lugar lo llamó el «Poeta de Costa Rica» y después entre otras cosas escribió a propósito de *Concherías*, citando palabras de don Roberto Brenes Mesén: «Aunque la palabra «con-

chería» es bien inteligible para los nacionales, no estará de más indicar que en Costa Rica, de unos ocho años para acá, se llama «concho» al campesino, al aldeano. Por lo tanto, una conchería es una acción o una expresión propia de un campesino.» (Hasta aquí el Sr. Brenes Mesén.) «Habla el poeta la lengua de los hombres rurales de su país. Una ráfaga del aire que acarició las melenas de Martín Fierro o de Santos Vega ha pasado por allá. El canto brota del terruño como las flores y los frutos autóctonos.»

Luis Dobles Segreda está aquí también con algunos de sus libros cuyas páginas guardan recuerdos y observaciones preciosas sacados de los tipos y costumbres que forman como la raigambre de la vida de su ciudad, de los relatos de los viejos, de las piedras que ha removido y de los papeles que ha desempolvado. Mucho ha amado Luis Dobles su ciudad y este cariño aparece idealizado en su *Por el Amor de Dios*, *Rosa Mística* y *Caña Brava*. Los tipos humildes de *Por el Amor de Dios* tendrán una vida póstuma llena para nuestro presente y para nuestro porvenir de un encanto que no lograron alcanzar gentes empingorotadas que pasaron pavoneando su inútil bienestar por las calles de Heredia. Siempre que camino a medio día por las desiertas calles de Heredia, recuerdo las figuras de los locos y pobres de espíritu de *Por el Amor de Dios*, descritos con una devoción semejante a aquella con que Renán habla de los loquinarios de la Bretaña, no recuerdo bien si en sus *Recuerdos de infancia y juventud* o en *Emma Kosilis*. ¡Con cuánta ternura se detiene el escritor ante la Iglesia del Carmen y sus viejos santos de piedra labrados por el artista herediano Fadrique Gutiérrez, ante el sonido de las viejas campanas y ante la memoria de los que construyeron el templo y se han interesado por su conservación.

Don Joaquín García Monge, el editor de *Repertorio Americano*, está presente en mi desfile de autores costarricenses que han contemplado activos la vida pasada y presente de su tierra: *El Moto*, *Las Hijas del Campo* y la *La Mala Sombra* guardan un conjunto de tipos enraizados profundamente en el suelo de esta Costa Rica de la América Central, tipos tristes, sensuales, ladinos y taimados.

Manuel Gonzalez Zeledón, nuestro Magón, el de *La Propia*... A nosotros nos parece que es imposible que no lo conozca todo el mundo (Ud. sabe que cada criatura humana se cree el centro del universo). Recuerdo que en una librería de Florencia, vi al pasar, muy flamante en el escaparate, un tomo de *La Propia*. Es claro que entré y lo compré muy contenta y hasta un poquito orgullosa de encontrar en Italia cosas muy de mi tierra encerradas en el pequeño volumen en donde el autor se complace en describir la ciudad de San José cuando él era niño, en no dejar perderse los matices que el ambiente y las costumbres han puesto en nuestra lengua y en pintar con mano maestra nuestros ridiculeces.

Yoyo Quirós fué otro que atrapó en el aire modas y costumbres de la época en que le tocara vivir y las dejó estampadas en sus artículos burlones.

Rubén Coto en sus cuadros titulados *Polvo del Camino*, publicados en *Repertorio Americano*, nos ha dado tipos, costumbres y tradiciones que, visto a través de su manera de escribir sencilla y clara, dejan una dulce emoción en el espíritu.

Alejandro Alvarado Quirós y Claudio González Rucavado son dos escritores que también se han complacido con lo nuestro: el uno con todo lo que se ha empinado sobre la masa, ya con una base de hechos próceres, ya poniéndose en puntillas; y el otro echando su red de buen pescador en la corriente de la costumbre.

Lisímaco Chavarría es uno de nuestros poetas que nos han descrito con amor paisajes y cosas que nos pertenecen; doña María de Tinoco (Apaikan) tiene dos novelitas de asunto y personajes tomados de nuestros indios; don Eladio Prado, a quien Ud. conoció, es otro costarricense profundamente interesado en nuestra historia y tradición, y entre lo que ha publicado, recuerdo con gusto sus páginas sobre las ruinas de Ujarrás; Modesto Martínez y sus *Héroes del campo*, trágicos y pintorescos a un tiempo.

Hay más: Gonzalo Sánchez Bonilla Carlos Mora Barrantes, Raúl Salazar, Gonzalo Chacón, etc. Los tres primeros han escrito cosas pintorescas de nuestras costumbres y tradiciones Posiblemente se me han escapado nombres, pero mejor no busco en mi memoria porque esta carta se haría muy larga.

Ya ve Ud., no es sólo Carmen Lyra y sus *Cuentos de mi tía Panchita*, lo único que se puede enseñar en Costa Rica cuando se habla de *folklore*. En las páginas que le he citado hay todo un tesoro de tradiciones y leyendas que encantarían a cualquier *folklorista* de profesión.

María Leal de Noguera ha recogido en sus *Cuentos Viejos* parte del folklore de Guanacaste, Los *Cuentos Viejos* y los *Cuentos de mi Tía Panchita* son hermanos y yo estoy muy contenta de este parentesco.

Y no nos olvide, Gabriela Mistral. Ayúdenos a luchar por el presente y el porvenir de esta América Central que ya casi no pertenece a los centroamericanos por el afán de ellos de cambiarlo por baratijas yanquis; ayúdenos con su fervor a portarnos de manera que cuando este presente y este porvenir sean un pasado, los amantes de escavar y escudriñar en la vida pretérita de los pueblos, encuentren tradiciones que den idea de fuerza y de valor, nobles leyendas y hasta material heroico con que levantar una epopeya.

Carmen Lyra

Tablero
=1931=

Erratas, omisiones

En el número pasado, p. 157, columna tercera, en la poesía *La pajita*, donde dice:

Acérquense a mirar . . . ,

léase:

Alléguense a mirar . . . ,

En el número 9 del tomo en curso, p. 140, la poesía *Paleros* salió sin la firma del autor, que lo es F. Amighetti.

Los poemas *Las manos*, *La boca*, *Tu cuerpo* y *Vértigo*, aparecidos en el Nº 18 del tomo pasado, son del poeta brasilero Ruy Cinne Lima y no de Murillo Méndez como parece que fueran.

Glorificadores de Martí

= De *La Región*, Camagüey, 26 junio 1931 =

En estos días en que por gratitud debemos enaltecer los esfuerzos brillantísimos que viene realizando en México Camilo Carrancá Trujillo, como Presidente del Bloque de Obreros Intelectuales que labora para allegar fondos con qué erigir en la Capital de la hermosa República hermana un monumento al Apóstol Martí, justo es, también, que recordemos a otros extranjeros que han sido desde largos años propagandistas de la obra y de la personalidad del que llamamos los cubanos con jactancia Maestro, aunque seamos tan pocos los que procuramos proceder como discípulos suyos.

Un hombre acude a mi recuerdo con imperio: el de Joaquín García Monge, el magnífico órgano de la cultura hispanoamericana, que, con el modesto título de *Repertorio Americano*, es índice de nuestra capacidad intelectual y vocero, el más amable, de nuestras ansias colectivas.

No solamente García Monge en su *Repertorio* acoje y reproduce cuanto le llega en loa de Martí, sino que dió a la estampa en dos volúmenes sus versos, difundiéndolos por toda la América y además, ha reproducido *La Edad de Oro* con amor y devoción ejemplares y no como empresa de mezquino lucro.

No es el único que rinde a Martí merecidísimo homenaje de admiración; pero sí podemos conceptuarlo, por su perseverancia y por lo añejo de la acción, el primero entre todos.

No intenta menguar esta afirmación el subido mérito de los demás, pero sí justipreciar una consagración casi sistemática de la cual, aún en nuestra misma patria, no son numerosos los ejemplos.

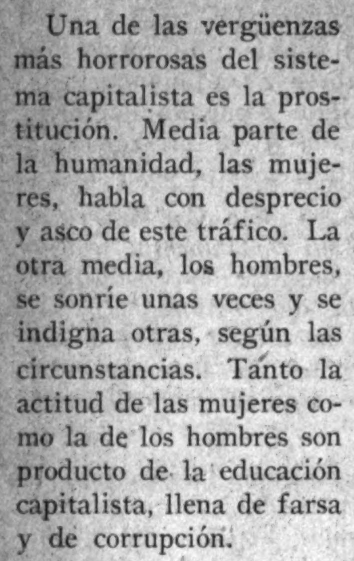
De las más bellas páginas que ha inspirado Martí cabe recordar el admirable discurso de Collor, el ilustre Delegado brasileño a la Sexta Conferencia Pan-Americana, la lírica evocación de Santiago Argüello y el magnífico estudio que le consagró Fernando de los Ríos; pero, a escepción de Argüello, no puede decirse de estos ilustres contemporáneos que sean verdaderos "propagandistas" de Martí, como en justicia es preciso afirmar lo de García Monge.

Enaltecer a Martí y extender los beneficios de su fecundo Apostolado es, sin disputa, honrar a Cuba y horarla sin inflar méritos ni inventar virtudes: la obra de Martí es tan próvida, tan útil siempre, que ella misma nos redime de las lacras con que nuestros torpes apetitos han venido manchando la que debiera ser alba túnica de la República.

Arturo R. de Carricarte

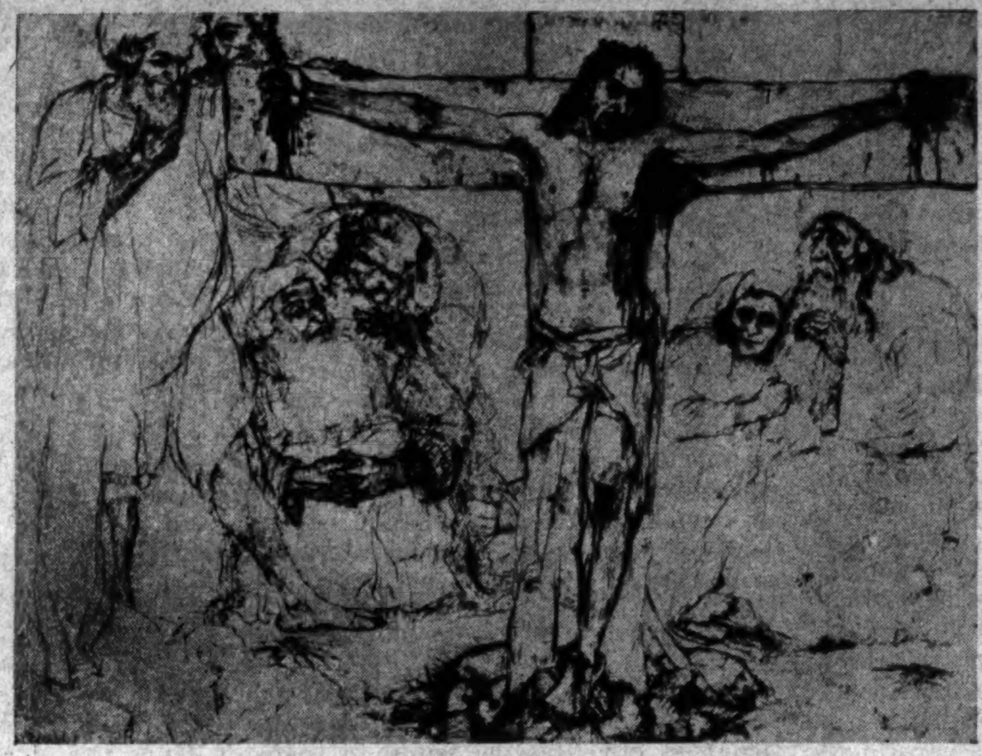
La prostitución y el capitalismo

= De *Nosotros*. Madrid =



Una de las vergüenzas más horrorosas del sistema capitalista es la prostitución. Media parte de la humanidad, las mujeres, habla con desprecio y asco de este tráfico. La otra media, los hombres, se sonríe unas veces y se indigna otras, según las circunstancias. Tanto la actitud de las mujeres como la de los hombres son producto de la educación capitalista, llena de farsa y de corrupción.

Desde pequeñas se enseña a las niñas "honradas" a injuriar y a sentir repugnancia por las prostitutas. Se las llama "mujeres malas", "pendones", "mujeres de la vida", "mujeres alegres" y una serie de otras barbaridades. La prostituta nunca es ni mala, ni alegre, ni de la vida. La prostituta es, sencillamente, una muchacha seducida por el padre, el marido o el hermano de esas mujeres "honradas", y precipitada, por tanto, en el desprecio de la sociedad. Después de este accidente, el hombre desaparece y la muchacha, a quien ningún otro hombre acepta ya como esposa, a quien la familia expulsa de su seno, llenándola de injurias, huye de la sociedad y busca refugio en la prostitución.



Fariseos

(Grabado a la punta seca por *Lorenzo Gigli*)

Reglas de la sociedad burguesa.—Al hombre de la sociedad capitalista le conviene que la mujeres de su familia no entren en averiguaciones, no se enteren de la realidad y para esto cubren a las prostitutas con un denso velo de repugnancia y de maldad. Tan sólo pronunciar la palabra prostituta es pecado en la sociedad burguesa. Las mujeres "honradas" viven completamente alejadas, completamente ignorantes de lo que ocurre en los burdeles, que sus hijos y sus maridos frecuentan. Y si la esposa o la hija "honradas" se dejan seducir ilegalmente, ese mismo padre o marido que frecuenta los burdeles se yergue, lleno de dignidad, y arroja a la malvada de su casa. La arroja precisamente a la prostitución, al burdel.

Esto lo hacen los padres y los esposos "dignos" automáticamente, sin pensarlo. Lo hacen porque es costumbre, porque es regla. Y es costumbre, porque, de no ser así, podría rasgarse el velo que cubre a las prostitutas, podría establecerse alguna corriente de simpatía, de comprensión entre la mujer seducida y las "mujeres malas". Instintivamente, el hombre moral y digno siente que si perdona a la mujer caída, ésta comprenderá, poco a poco, la inocencia de las prostitutas y la inhumana brutalidad de los hombres "dignos".

La prostituta es una proletaria.—La mujer que vende su cuerpo no es mala. Lo vende por necesidad, porque necesita dinero para ella y los suyos. El malo, el infame es el hombre que se lo compra; el hombre que, en vez de socorrer a un semejante necesitado, aprovecha la miseria de éste para satisfacer sus vicios. Pero esto no lo condena la sociedad capitalista. No lo condena, ante todo, porque el hombre tiene dinero y la prostituta no lo tiene. Porque el hombre es el patrono y la prostituta, a su modo, la proletaria. Y la sociedad capitalista admite y protege todos los vicios de los patronos, de los que tienen dinero.

En la actual sociedad burguesa, la mujer no tiene derecho a disponer ni siquiera del dinero que hereda de sus padres. La mujer es considerada irresponsable e incapaz de manejar dinero. Por lo tanto, la mujer no es capitalista. Y como no es capitalista, apenas tiene derecho a vivir. Tiene que sujetarse rigurosamente a las severas leyes de la sociedad. Si es soltera, no importa que se enferme a consecuencia de su sexualidad contenida; si es casada y el marido es un invertido o un alcohólico o, simplemente, un animal, tiene que seguir a su lado toda la vida y no puede unirse a otro hombre, porque si lo hace así, la sociedad la pondrá de lado. Y en cuanto la sociedad la expulsa de su círculo, la mujer sólo puede cobijarse en la prostitución. La opresión capitalista es tan perfecta, que si una mujer que se ha rebelado contra sus leyes busca trabajo para emanciparse económicamente, no lo encuentra en ninguna parte. A la mujer rebelde no se le permite ganarse la vida de otro modo que entregando su cuerpo al placer de los hombres que la han expulsado de la sociedad. Esta es la regla del capitalismo.

En cambio, cuando la mujer dispone legalmente de su dinero, cuando la mujer es capitalista, como ocurre en algunos países anglosajones, la sociedad protege los libertinajes y los vicios femeninos. Una mujer millonaria que tiene una docena de amantes, es adulada y agasajada por la sociedad. Todo es cuestión de precio.

Los esclavos del capitalismo.—El capitalismo protege y fomenta la organización más brutal, más cruel y más repugnante que existe y que ha existido nunca: La trata de blancas. La compraventa de mujeres es mucho peor de lo que fué la compraventa de negros y de chinos. Y hay que tener en cuenta que el capitalismo cristiano actual se vanagloria de haber suprimido la esclavitud. La esclavitud continúa existiendo, con la diferencia de que ahora, además de haber esclavos de raza de color, hay también esclavos blancos. El obrero, sobre todo el del campo, aunque aparentemente aparezca un ciudadano libre, sigue siendo esclavo del capitalista. No lo es porque se lo impongan con un palo, sino porque se lo imponen con el hambre. Mr. Ford, por ejemplo, que, según dice, es uno de los mejores patronos que existen, paga bastante bien a sus obreros, pero les prohibe que tengan ideas políticas. El obrero en los talleres Ford que, usando de su ciudadanía, insista en afiliarse a un partido o, simplemente, en hablar de política, pierde su puesto y se muere de hambre.

La trata de blancas.—Pero, aparte de esa esclavitud un poco desfigurada, el capitalismo protege la esclavitud real, auténtica, de la trata de blancas. Esa esclavitud infernal, peor que todas las esclavitudes e incompatible con toda civilización y mucho menos con ese cristianismo de que tanto hablan los conservadores del capitalismo.

Es comprensible que una mujer necesitada sin ninguna aptitud para el trabajo, venda su cuerpo, y con su producto coman ella y su familia. Lo que es verdaderamente inaudito es que una mujer venda su cuerpo y que lo cobre otro; que existan numerosas organizaciones formadas por duques, banqueros, obispos, mujeres de alta sociedad, todos los cuales viven lujosamente del producto de la venta de los cuerpos de las muchachas que roban. Muchachas necesitadas, muchachas frívolas a quienes los agentes, de ambos sexos, de las organizaciones, han

(*Pasa a la página 178.*)

Hermanas

=De *Nosotros*, Madrid.=



Maternidad

(Grabado a la punta seca por *Lorenzo Gigli.*)

Como tantas, vino a mí en busca de consejos, de apoyo espiritual.

Yo la conocía superficialmente de haberla visto en reuniones del partido. Tiene una cara bonita, expresiva, con ojos algo tristes.

Cuando vino a verme, su cara estaba más pálida que de costumbre, sus ojos más grandes y más tristes.

—Vengo a verla, porque no sé adónde ir... Hace tres semanas que no tengo albergue... No tengo dinero para vivir... ¡Déme usted trabajo! Si no, sólo me queda un recurso: la calle.

—Yo recuerdo que usted trabajaba. ¿Estaba usted colocada? ¿La han despedido?

—Sí. Yo trabajaba en la expedición. Hace dos meses que perdí el puesto... a causa de mi niña. Estaba enferma. Faltaba frecuentemente al trabajo. A fuerza de rogar, evité tres veces que me despidieran; pero en agosto me dejaron cesante. Y dos semanas después murió mi pequeña. Pero no me han vuelto a tomar...

Bajó la cabeza. Sus pestañas espesas le tapaban los ojos. Posiblemente cubrían una lágrima.

—¿Pero por qué la despidieron? ¿No trabajaba usted bien?

—Al contrario. Soy muy buena trabajadora. Pero me dijeron que yo no necesitaba trabajar. Mi marido gana, está en el «Combinado» [1]... Es una personalidad importante... administrador...

—Entonces, ¿cómo dice usted que no tiene hogar ni dinero? ¿Se han separado ustedes?

—No, no nos hemos separado... Yo me he marchado de él. Para no volver más. Pase lo que pase... No volveré nunca más.

Las tristes pestañas ya no pudieron ocultar la lágrima...

—¡Perdone usted! Todavía no he llorado. No podía... Pero ahora... Se hace más difícil cuando encuentra una simpatía. Cuando le cuente a usted todo me comprenderá.

Su marido y ella se encontraron en 1917, mientras bramaba la revolución. El era entonces cajista. Ella trabajaba en la expedición de una gran editorial. Ambos eran bolcheviques. En ambos ardía la misma fe, el mismo deseo pasional: librarse del yugo de los explotadores y construir un mundo nuevo, justo... Los dos se entusiasmaban por los libros. A los dos les había cogido el remolino de la revolución, les había mareado... Los dos habían estado en sus puestos durante los días de octubre. En el fuego de la batalla, bajo el traqueteo de las ametralladoras, se encontraron sus corazones. Pero no tenían tiempo para legalizar su unión. Seguían viviendo como antes, cada uno por su lado. Sólo se veían de cuando en cuando, durante el trabajo. Pero aquellas entrevistas eran claras y alegres... Entonces eran «verdaderos camaradas»...

Pasado un año, ella esperaba un bebé. Legalizaron su unión y se instalaron juntos. El niño les sacó de su acostumbrada vida durante algún tiempo. Ella organizó una casa-cuna en su barrio. El trabajo era más importante que la familia. A veces el marido gruñía. Puede que tuviera razón; ella descuidaba algo la casa. Pero él tampoco estaba en casa nunca. Cuando la eligieron delegada al Congreso él estaba muy orgulloso.

—Ahora no harás gestos cuando la comida esté fría.

—¡Qué más da la comida! Lo importante es que tú no te me enfríes. Allí vas a ver a mucha gente. ¡Ten cuidado!

Los dos bromeaban. Parecía que nada podía turbar su amor. No eran solamente marido y mujer, eran camaradas. Iban por la vida cogidos de la mano. Ambos tenían el mismo ideal. No se preocupaban de sus personas; sólo de su ideal, de su «gran ideal». El bebé les alegraba mucho. Era una nena muy sana.

¿Cómo y cuando cambiaron las cosas? Quizás desde que entró el marido en el «Combinado». Al principio se alegraron los dos. Habían pasado muchas miserias, muchas hambres, tenían las ropas gastadas. Además, tenían miedo de que se cerrara la casa-cuna. ¿Dónde llevarían entonces a la niña? El marido estaba orgulloso de poder sostener a su familia como era debido. Propuso a su mujer que dejara el trabajo. Además, quería conservar la sensación de su independencia. Desde muy joven estaba habituada a mantenerse. Al principio les fué bastante bien. Se mudaron a un piso mejor: dos habitaciones y una cocina. Tomaron una muchacha para que cuidara de la nena... Ella se dedicó con más intensidad al trabajo de su barrio... Su marido también estaba muy ocupado. Sólo iba a casa por las noches.

Después tuvo que salir de viaje enviado por el «Combinado». Pasó tres meses con gentes de la Nep. Cuando regresó, ella sintió un agudo dolor; parecía un «extraño». Apenas la escuchaba cuando hablaba. Se vestía muy bien, hasta se perfumaba, y no paraba ni cinco minutos en casa.

Entonces comenzó... Antes no había bebido nunca... Sólo en las grandes fiestas. Durante la revolución, en medio del agobiante trabajo, no había tiempo para pensar en el alcohol. Pero ahora, sí. Cuando por vez primera llegó a su casa algo embriagado, ella sintio más miedo que tristeza. Pensó: ¿No le hará esto daño? No sufrirá su reputación? Por la mañana le hizo una serie de consideraciones. Pero él bebió su té, de pie y en silencio; tenía mucha prisa. Se marchó sin contestarla. Ella se sintió ofendida. Sin embargo, pensó que le daba vergüenza y callaba por eso. Tres días después volvió otra vez a casa borracho. Ella estaba triste e intranquila... Por la noche pasaba malos ratos con él... Era desagradable. Aunque se quiera a una persona... de todos modos... siempre da asco... Al día siguiente hablaría con él; pero apenas había empezado a hacerlo cuando la miró con ojos terribles, y no pudo decir más.

Cada vez llegaba a casa borracho con más frecuencia. Ella no lo pudo soportar más. Dejó de ir a su trabajo para esperar a que estuviera sobrio. Le dijo todo, todo. Que no podían seguir viviendo así, que ya no eran camaradas, que ya no les unía más que la «cama común... Le habló de su borrachera, le amenazó, le avergonzó, le lloró... El la escuchaba. Primero trató de defenderse. Que ella no comprendía esas cosas, que había que «alternar» con los de la Nep, que esa era la costumbre; de otro modo no se podían hacer negocios. Luego se quedó pensativo y admitió que a él mismo le desagradaba aquella vida. La rogó que no estuviera triste y la dió la razón... Al despedirse la cogió la cabeza entre sus manos, la miró a los ojos, como antes, y la besó... A ella se la quitó un peso de encima. Aquel día fué muy contenta a trabajar. Pero no había pasado una semana cuando de nuevo volvió a casa borracho. Ella empezó a hablarle. El la interrumpió dando un golpe en la mesa, diciendo «¿A ti qué te importa?... Así viven todos... Si no te parece bien, ¡nadie te retiene!»

La dejó sola. Ella anduvo todo el día como bajo una carga. ¿Es que ya no la quería nada? ¿Debía marcharse? Pero aquella tarde su marido volvió muy temprano. Estaba sobrio, lleno de remordimiento. Hablaron toda la noche, y otra vez se sintió contenta.

Ella lo comprendía: era la sociedad; es difícil abstenerse. El dinero se gana con facilidad y uno tiene que alternar. La contó muchas cosas de los de la Nep,

[1] Combinados se llaman a las industrias privadas con participación del Estado.

de sus mujeres, de las chicas... De cómo se hacían los negocios, de lo difícil que es para el proletariado el sacar algo a esos «tiburones». Todo esto la ponía triste, tan triste como nunca lo había estado durante la revolución...

Pero entonces la comunicaron que la «reducción del personal» la incluía a ella también. Se asustó.

Se lo comunicó a su marido; pero él se quedó tan tranquilo. Dijo que le parecía bien; así estaría más tiempo en la casa y le cuidaría.

—¡Hay que ver cómo está nuestra casa!... No se puede recibir a nadie.

Ella se asombró de estas palabras; quiso contradecirle.

—Eso es cosa tuya. Yo no te lo impido. Si quieres, sigue trabajando.—Y se marchó.

La dolió muchísimo que su marido no la comprendiera y se sintiera ofendido. Pero resolvió no abandonar su trabajo. Fué a ver a los camaradas; trató de demostrar su derecho al trabajo, discutió con ellos, y por fin la dieron la razón: aplazaron el despido. Pero las desgracias rara vez vienen solas. Apenas se había tranquilizado por lo del trabajo se le puso enferma la niña.

—Estoy sentada por la noche junto a la nena, me siento muy sola, me tortura la inquietud.* Llaman a la puerta. Voy a abrir a mi marido, contenta de que ya esté aquí. Pienso que podré contarle todo. Ojalá venga sobrio... Abro la puerta y no acierto a comprender. ¿Quién viene con él? Una mujer joven, con mucho colorete y ebria... ¡Déjanos entrar, mujer!, dice él. He traído a una amiguita... ¡Déjanos!... Está borracho.

Apenas me sostenían los pies. Me temblaban las rodillas. Los dejé en el comedor, donde mi marido solía dormir, y corrí al lado de mi hija. Me encerré. No sabía a dónde tenía la cabeza. Ni siquiera estaba furiosa con él. ¿Qué se puede pedir de un borracho? Y, sin embargo, ¡dolía tanto!... Además, se oía todo lo que pasaba en el cuarto contiguo... Me hubiera tapado las orejas, pero necesitaba estar atenta a la niña... Por fortuna, pronto se callaron. Los dos estaban borrachos... Hacía la mañana, mi marido le abrió la puerta y se volvió a echar a dormir. Pero yo me quedé sentada hasta muy entrada la mañana.

Aquella tarde llegó temprano a casa. No nos habíamos visto en todo el día... Le recibí fríamente, sin mirarle. El empezó a revolver sus papeles. Ambos callábamos. Yo notaba que me estaba observando, y pensaba: «Déjale. A lo mejor confiesa su culpa y pide perdón. Procura que volvamos a vivir como antes... Pero yo no lo consentiré. Me marcharé». Al pensar esto sentía un dolor muy grande... Le he amado, le amaba entonces... y, ¿por qué ocultarlo?, le seguía amando ahora, sólo que ahora me parece que ha muerto. ¿Pero entonces? Entonces mis sentimientos estaban todavía vivos... Mi marido me vió coger el abrigo para ir a la reunión del barrio... Me cogió del brazo, haciéndome un cardenal, me arrancó el gabán de la mano y lo tiró al suelo.

—¿Qué te has creído, que te van a dar aquí ataques histéricos? ¿Adónde vas?... ¿Qué quieres de mí?... Busca otro hombre como yo... Yo te mantengo, te visto, no te niego ningún capricho... no tienes derecho a juzgarme... ¡Cuando se quiere hacer negocios hay que vivir así!...

Siguió hablando sin cesar. No me dejaba interrumpirle. Tan pronto gritaba como si quisiera desahogar toda su furia contra mí, contra él mismo, tan pronto trataba de justificarse como si estuviera peleándose con alguien... Yo veía cómo se torturaba. Tenía la cara descompuesta... Y sentí tal pena por él que de nuevo me olvidé de todo. Traté de calmarle y de probarle que la cosa no era tan grave, que él no tenía la culpa, sino los de la Nep...

Por la noche nos reconciliamos. Pero me dolió mucho cuando me dijo que no me enfadara con él, que ¿qué se podía podía pedir a un borracho? Yo le rogué seriamente que dejara la bebida.

—No me ofende que hayas traído a casa a una prostituta; pero me ofende haberte visto en un estado tan bestial.

Me prometió tener cuidado y eludir aquella compañía.

Pero aunque nos habíamos reconciliado, la espina quedó dentro. Entonces volvió a surgir la cuestión de mi despido. Mi hijita todavía estaba enferma y yo dejaba de ir a trabajar... Volví a rogar; otra vez traté de convencerles, y de nuevo conseguí que aplazaran la cesantía. Yo misma no sé lo que esperaba, pero lo iba aplazando. Temía más que nunca la dependencia de mi marido. Nuestra vida se hacía cada vez más difícil; éramos como extraños. Vivíamos en la misma casa, pero no sabíamos nada el uno del otro. Él apenas iba a ver a su hija. Por entonces bebía menos, venía a casa sobrio; pero nunca me miraba; tampoco dormíamos juntos. Yo me quedaba con mi hijita y él dormía en el comedor. Alguna vez se venía conmigo... Pero eso no era una alegría para mí... Después se hacía más difícil... Como si un nuevo dolor se hubiera unido al viejo. Me besaba, pero no le preocupaba lo que me ocurría... Así vivíamos, cada uno por sí. Él tenía sus preocupaciones, sus disgustos... Y yo los míos... Hasta que me hirió el gran dolor de la muerte de mi niña. Poco antes me habían despedido definitivamente.

Pensé: «Ahora mi marido y yo tenemos un dolor común; quizá piense en mí...» No. El dolor tampoco sirvió para nada. Ni siquiera fué al entierro de la criatura. Tenía que asistir a una reunión importante. Así, me quedé sola en casa... Sin trabajo... sin jornal.

Trabajo sí podía encontrar fácilmente. En el barrio había mucho que hacer. Pero en cuanto a jornal, no era posible. Era vergonzoso pedirlo, puesto que había tántos desocupados. Además, todo el mundo sabía que mi marido era administrador. ¿Cómo iba a pedir sueldo? Es muy difícil conseguir un puesto. Lo he buscado, me he enterado... se me hacía imposible tener que depender de mi marido, puesto que nos habíamos distanciado tanto; pero no había otro remedio. Yo veía que los sentimientos de mi marido no eran los de antes, y yo misma sentía hacia él más amargura que amor, y sin embargo, seguía creyendo que pasaría. Todas las mañanas me despertaba creyéndolo. Del trabajo en el barrio corría a casa pensando: «¿Estará ya en casa y solo?». Y si estaba no me miraba siquiera; estaba ocupado o hablando con sus compañeros, o con los de la Nep. Y yo seguía esperando, esperando. Hasta que sucedió lo que me hizo marcharme... Para siempre, para no volver nunca.

Llegué a casa hacia la media noche; venía de una asamblea, Puse el samovar para tomar un poco de té. Mi marido no había llegado aún. Tampoco le esperaba. Entonces oí que se abría la puerta del comedor. De modo que ya estaba allí mi marido. Tenía su llave propia

para no molestarme. Estaba todavía acupada con el samovar cuando se me ocurrió que había llegado un paquete urgente para él. Dejé el samovar y le llevé el paquete. Me quedé parada, sin comprender, como la primera vez. Allí estaba mi marido, y a su lado, una mujer alta, esbelta. Ambos se volvieron a mirarme... Se encontraron nuestras miradas... No estaba borracho... Eso me hizo daño, mucho daño; hubiera querido gritar. La mujer también estaba confundida.

Y yo... Yo no sé cómo pude dejar el paquete en la mesa con tanta tranquilidad y decir: «Esto ha llegado para ti». Me fuí. Pero cuando me encontré sola estaba temblando como con fiebre. Tenía miedo de que se oyera mi temblor en la habitación de al lado; me eché en la cama y me cubrí la cabeza con la colcha. No quería oír nada, saber nada, sentir nada. Pero los pensamientos corren, torturan...

Están hablando bajo... No duermen... La voz de la mujer se levanta, como haciéndole reproches. A lo mejor es su amante y la ha engañado, la ha dicho que no está casado. ¿O quizás me está negando ahora mismo?... Pensé en todo... Lo sufrí todo... Cuando en la otra ocasión, borracho, me trajo a la prostituta, no sufrí tanto, aunque fué muy doloroso... Pero ahora veía claro que ya no me amaba... Ni siquiera como a una compañera, como a una hermana. A una hermana la habría respetado. No la habría metido mujeres en la casa... ¡Y qué mujeres...! Compradas en la calle... Esta sería seguramente una de esas también. Otra no iría a una casa por la noche. De pronto me entró tal furia contra ella, que hubiera entrado en la habitación y la hubiera echado de mi casa con mis propias manos si hubiese tenido fuerzas. Así estuve sufriendo hasta el amanecer. En la habitación contigua reinaba el silencio... Sentí pasos por el pasillo, muy quedos, como si alguien se quisiera escapar. Era ella. Oí que abría la puerta de la cocina. ¿Qué buscaría allí? Esperé, escuché; no se oía nada; no salía de la cocina. De un salto me puse en pie y corrí a la cocina. Allí estaba sentada en el banquito, junto a la ventana, con la cabeza hundida y llorando amargamente... Tenía el cabello largo, rubio, muy bello. Levantó los ojos hacia mí y estaban llenos de pena, que yo misma me enternecí. Me acerqué a ella, que se puso de pie, y vino hacia mí.

—Perdone usted—dijo—que haya entrado en su casa... Yo no sabía que no vivía solo... Esto me es muy violento...

Al principio yo no la entendí; sólo pensé: «Esta no es una prostituta, sino su amante», y no sé cómo se me escapó la pregunta: «¿Le ama usted?».

Me miró muy asombrada.

—Nos hemos encontrado ayer por primera vez. Prometió pagarme bien, y a mí no me importa que sea quien sea si paga.

No me acuerdo bien cómo ocurrió, pero me contó todo. También a ella la había afectado «la reducción de personal» de hacía tres meses; sufrió muchísimo por no poder enviar nada a su anciana madre, que se estaba muriendo de hambre.

El eterno nocturno

—Envío del autor—

Cuando este sol no alumbre, en la pupila mía,
cuando el azul del cielo no me dé su color,
cuando este día se apague, este día, mi día,
cuando todo se oculte y no exista alegría,
esperanza ni dolor.

Porque es lo inevitable, todo habrá de pasar,
porque ahora lo digo y es un minuto más.
¿En dónde están los otros, los que yo quiero amar?
Se llevaron mis mieses, me dejaron sin haz.

Si el paso por la vida pudiéramos grabar,
si hubiese una alma amiga, de suyo en la bondad
que palabra a palabra, el Eterno Nocturno,
volviese a recitar,
talvez lo que es la nada, se tornara en caricia de
suave claridad.

Max Jiménez

Setiembre, 1931.

Hacía dos semanas que se había lanzado a la calle, y tuvo suerte; hizo buenos conocimientos. Ahora está bien vestida, come y puede socorrer a su madre... Al contarme todo esto se retorcía las manos.

—Tengo el título de bachiller. He estudiado... y soy tan joven, diez y nueve años... ¿Tendré que perecer?

Usted no lo creerá; pero yo la escuchaba y temblaba de compasión. Lo ví muy claro. Si no tuviera a mi marido estaría en la misma situación que ella, sin trabajo, sin techo... Por la noche había sentido una rabia feroz contra ella; pero ahora la rabia se volvió contra mi marido. ¿Cómo se atrevía a aprovecharse de la situación desesperada de una mujer? Él es un propietario, con sentido de responsabilidad, que tiene un cargo de confianza... En vez de ayudar a una camarada que no tiene trabajo, le compra. Compra su cuerpo para su propia satisfacción... Aquello me dió tanto asco que me dije: «¡Con un hombre así no puedes vivir más!...»

Me contó muchas cosas. Juntas encendimos el fuego e hicimos café. Mi marido seguía durmiendo. Ella se arregló rápidamente para marcharse. Yo la pregunté: ¿La ha pagado?

Se sonrojó, me aseguró que después de lo que habíamos hablado no tomaría dinero alguno...

Comprendí que quería marcharse antes de que despertara mi marido. No la retuve. La sorprenderá a usted, pero me costaba trabajo separarme de ella. Era tan joven, tan desgraciada, estaba tan sola. Me vestí y salí a acompañarla. Caminamos mucho; luego nos sentamos en un banco y seguimos charlando. Yo la conté mis penas... Todavía tenía el último sueldo. La convencí de que lo tomara. Al principio se negó, pero lo tomó al fin, con la condición de que, en caso de necesidad, me dirigiría a ella. Así nos separamos, como hermanas...

Para mí, mi marido había muerto. No sentía ni rencor, ni dolor. Era como si lo hubiera enterrado...

Cuando llegué a casa él trató de justificarse. Yo no le contesté, no lloré, no le hice reproches. Al día siguiente me fuí a vivir a casa de una amiga. Empecé a buscar trabajo. Lo estoy haciendo hace tres semanas y no tengo esperanzas de encontrarlo. Cuando comprendí que no podía quedarme más tiempo en casa de mi amiga, busqué a aquella muchacha que mi marido llevó a casa. La acababan de llevar al hospital... De modo que ahora estoy sin trabajo, sin dinero, sin casa... ¿Me esperará la misma suerte?»

Los ojos tristes, desesperados, de mi visitante dirigen esta pregunta a la vida. En esta mirada se fundían toda la pena, todo el horror, todo el dolor que está frente al enemigo aún no vencido: la falta de trabajo; era la mirada de la mujer sola, que lucha contra el viejo orden de la vida...

Se ha ido, pero su mirada me persigue. Pide una contestación, invita a la acción, a la construcción, pero también a la lucha...

Alejandra Kollantay

Conversando sobre la tierra

—Envío de la autora—

Voy a conversar con ustedes sobre un asunto que en la corteza no parece tener carácter femenino, pero que, en la entraña, es estrictamente familiar. Voy a hablarles sobre las relaciones de la mujer con la tierra y sobre la voluntad de conservación que une a ambas.

Cada uno de los países nuestros, sea Perú o Cuba tienen en este momento pendiendo encima, como la espada de Damocles, el problema de la enajenación del suelo, de su pérdida lenta y sorda. Países pobres de capital, asistidos de una industria sietemesina, ahí están los veintiuno pidiendo al extranjero que les visite y enumerándole como una letanía de vendedor o *camelot*, sus minas, sus petróleos, sus gomales. El extranjero va a vernos y, ya sea norteamericano o inglés, toma el radio más ancho posible para garantizar su inversión; se establece con mucho desahogo y toma actitudes de posesor definitivo.

Siguiendo la lógica de los negocios, tienen perfecta razón los hombres de negocios nuestros al invitarlos, y ellos la tienen también al instalarse regaladamente.

Pero sucede que entre los intereses de los capitalistas criollos y los intereses de los capitalistas extraños, desarrolla su vida entera la masa de un pueblo que no verifica estos arreglos y que sólo los padece, masa que constituye el cuerpo del país, es decir, la carne de la patria, y que, no habiendo comprado ni vendido, debe sufrir las consecuencias enteras de la terrible operación. En cierta manera yo hablo por esa masa a la que pertenezco en cuanto a persona sin tierra pero que forma parte de una tierra, en nombre de esa masa a la cual le ocurre la desgracia de que se despierta un día sabiendo que su provincia dejó de ser cubana, chilena o venezolana, sin que ella supiese el cómo ni el cuándo de su desgracia.

Acontece algo más grave todavía a esta masa inocente e ignorante y es el que no ha dado ninguna importancia al problema del suelo a causa de que la raza española fue antiagraria o por lo menos a-agraria y de que la raza hispanoamericana que la continuó, no tiene como el francés o el italiano la pasión agrícola ni siquiera al gusto del logro económico.

En nuestro tiempo se confeccionan mapas para todo y sería bueno que los amigos de la estadística gráfica se pusieran a hacernos un mapa de que necesita urgentemente esa masa sacrificada a causa de su ignorancia: el mapa de la propiedad nativa y de la extranjera gracias al cual ella podría saber cuantas hectáreas de tierra forman el predio común y cuánto se ha enajenado. Yo creo que el conocimiento de un gráfico semejante levantaría el clamor popular, porque el pueblo tiene instintivamente el concepto de la realidad: él sabe que la patria es un suelo entero y no un suelo compartido a tercios y él entiende perfectamente que poseer es más que sufragar eligiendo legisladores.



Aunque la verdad que voy a exponerles sea siempre como las de Perogrullo, yo la escardaré esponjándola y se las mostraré minuciosamente, con minucia mujeril. Las mujeres no servimos sino para repetir los lugares comunes en el momento en que ellos comienzan a ser olvidados por los hombres.

La tierra es el sostén de todas las cosas y no hemos creado todavía otra mesa que soporte nuestros bienes. Las cosas visibles y las invisibles descansan sobre ella, desde la más pesada, como el metal vulgar que es el hierro, hasta la fina como la canción regional; la santa nutridora hace salir de ella lo mismo el clásico café que el pensamiento de Hostos. La tierra es la posibilidad de todos los bienes, porque el mar no sirve sino como camino entre los pedazos de ella y viene a ser una especie de hermoso criado terrestre.

Los hombres tenemos que decir al revés de San Juan el Evangelista: "En el comienzo era la tierra" y no "En el comienzo era el Verbo", porque la última forma es la divina.

Si poseemos legislación sabia, si hemos logrado una costumbre limpia, si podemos lucir artes y habilidades, todo eso lo creamos gracias al soporte inicial de la mucha o de la poca tierra. Donde ella está delante de nosotros, extendida y generosa, nos excita y nos empuja, y la vamos poblando de las plantas que le faltan, de las bestias serviciales, de los pueblos, y, al final, de las culturas.

Mientras la tierra es nuestra, existen todas las posibilidades, porque la creación tiene donde asentar los pies. Que la administración sea mala en tal época, no importa; se mejorará. Que la educación ande a tumbos, importa más, pero se puede fortalecer en la primera ocasión. Que el servicio social no baste, tampoco es cosa de muerte: se le irá volviendo suficiente. Pero venga la pérdida del suelo; cambie de dueño la mina que alimenta a una ciudad; pasen definitivamente el cafetal y los cafetales a manos lejanas; váyasenos el depósito de salitre de nuestro poder; en una palabra, córrasenos debajo de las plantas el territorio como una bandeja, y se han acabado con la realidad de la tierra defectuosa, pero susceptible de orden, todas las posibilidades de hacerla perfecta.

Las que llamamos pérdidas o conflictos o problemas son pequeñeces mientras la tierra permanece nuestra. La única tragedia verdadera es su enajenamiento. Cuando esto ocurre, hay que decir, parodiando a San Juan: "Hacia el fin la tierra no era nuestra".

Las gentes superficiales que suelen tener pujos de espirituales, creen que las cosas humanas y divinas se hallan contenidas exclusivamente en el hombre y que basta él solo para sostenerlas. Estiman que a la religión, por ejemplo, le basta el libro que la explica y el pecho que la reza: consideran que a una lengua le basta una literatura magistral y que no importa el que la hable mal el pueblo; porfían que la costumbre subsiste entre las costumbres extranjeras y todo esto es un amasijo de inexactitudes.

Desde que Dios sopló alma sobre el barro de Adán y puso ese cuerpo animado en un jardín, se fijó la alianza perdurable del alma, cuerpo y suelo. El alma pide el cuerpo para manifestarse y el cuerpo necesita de la tierra para que ella le sea una especie de cuerpo mayor que la exprese a su vez y que le obedezca los gustos y las maneras.

La tierra contiene nuestros ademanes y recibe nuestros gestos en la ordenación que le imponemos. Quítenle el ingenio al campesino que en su vida no ha desarrollado sino el ademán de cortar caña; arrásenle al viñatero de mi valle de Elqui la viña que poda, que riega y vendimia, y se quedará como un demente sin saber qué hacer de sí por un largo tiempo. Más tarde aprenderá el menester nuevo que le traigan, pero si ese menester resulta tan lejano de su placer como de su aptitud, el alma no se soldará con él, y se morirá como el peón de viña al que le robaron en la parra la vida.

No se trata solamente de campesinos. El peón mueve y remueve el suelo; los demás que cruzan el ingenio o el viñedo pueden no haber cortado nunca un sarmiento; pero participan de ese paisaje tanto como el hombre doblado encima de la cepa, sacando de él y poniendo en él, imaginaciones y sentimientos de los que apenas se da cuenta.

El extraño, ya lo sé, no va a aniquilar el cultivo sino a cambiarlo sólamente y tal vez con más ganancia para la comunidad. Digamos que a crear otro orden. Yo he visto hacer estas rectificaciones con la vegetación de pino y encina en la tierra de Francia y he asistido al enloquecimiento que la pura hazaña material traía a la vida moral. Y es que el buen orden del extraño puede ser el desorden y la muerte nuestra, y es que es la cosa más natural del mundo que al extraño le importe menos que al semejante el que nos enloquezcamos.

Lo que llaman la costumbre significa un ritmo de vida y parece que no tuviera mucha importancia que una melodía del hábito se vuelva más rápida o más lenta o que sen-

cillamente se cambie. Venimos a saber más tarde que el ritmo adoptado, y que a veces tuvo apariencias de magnífico, nos triza y nos hace estallar lo mismo que la mudanza de calor y frío triza y rompe los cuerpos. La costumbre constituye el tejido de muchas almas pareciendo ser únicamente la rutina de muchos cuerpos, y cuando nos la descuajan, el desgarrón se siente en las entrañas que era donde remataban sus hilos.

En apariencia la tierra es un negocio exclusivamente viril y la mujer, que rara vez cultiva, no tiene por qué preocuparse de él. En verdad la tierra la defiende el hombre, pero la defiende para la mujer.

Eso que llaman—la riqueza mueble—acciones, bonos, valores en general—y que yo llamaría la aventura acostada en papeles numerados, es un lote inventado por el hombre. La mujer sensata casi siempre cree poco en eso, aunque saque de ellos vestidos y perfumería; la mujer cree en la propiedad de ver y tocar, en el predio deslindado, en la granja, y en esas cosechas casi seguras o seguras de donde sale desde su mesa hasta la ropa de su niño.

Cuando el padre, el marido el hermano hipotecan esa lonja labrada, la mujer es la única que llora, que siente en ese suelo una calidad de carne y se duele de la pérdida como de una amputación.

Cuando los pueblos primitivos asignaban al hombre el fuego y el aire como elementos suyos y señalaban a la mujer la tierra como su lote, tenían razón redonda, y acertaban en plano, y más acertaron dando a la costra cultivada nombres femeninos, como Ceres o Pomona o Diosa del Maíz.

El hombre tiende a trocar su bien, a arriesgarlo y también a jugarlo. Él es jugador por excelencia, y para decir esta temeridad yo me acuerdo de los hombres y mujeres que yo he contado en torno del tapete verde. La mujer tiende a volver la ganancia del hombre, cuerpo estable y disfrute sin riesgo, en casa o predio. El mundo habría sido puro nomadismo y fuego fatuo de aventura incansable si no le ponen al Adán la Eva al costado y en ella la responsabilidad de los hijos.

Siguiendo en esta línea de permanencia, la mujer crea sobre la tierra pesada de la que está segura, las costumbres que traen también su plomo adentro.

El hombre recibe o hace la religión como una llama que lo empine hacia lo desconocido, y la mujer poco a poco transforma esa misma religión, de la mística pura que era, en la ética positiva y, a veces, en la vulgar policía del hábito, es decir, en aprovechamiento. La mujer pide al hombre el matrimonio cuando él le ofrece el amor; la mujer nunca le solicita que vaya a la guerra, pero acepta su partida cuando la guerra se vuelve distinta de la aventura y se llama la guardia de los bienes. Hay una gradación infinita de las exigencias femeninas al varón, y, desde la primera a la última, éstas se resuelven en posesiones materiales que son las de su preferencia.

Después de considerar dichas grecas del carácter femenino, es curioso darse cuenta de que la mujer de nuestra raza no observe la desgracia que ocurre a lo largo de nuestro Continente en esta hora, y que no salte a defender el suelo que es la posesión máxima. La que escribe estas líneas necesita ser campesina de origen, campesina de costumbres y campesina voluntaria o deliberada, para que el problema le golpee el corazón después de quemarle los ojos con los que ha mirado la venta paulatina de la América nuestra.

Un amigo me daba en Nueva York hace meses una estadística hecha por él silenciosamente sobre la distribución de la propiedad en su provincia. No quiero yo nombrar el país de que se trata, pero puedo asegurar que el dato es terriblemente verídico; un tercio del suelo ha sido enajenado en esa patria latino-americana y el traspaso se ha cumplido en unos treinta años. Uds. no llamarán alarmista a la persona que calcule la pérdida de otro tercio de suelo para treinta años más. La calamidad va de prisa como el despeñamiento en la tragedia griega y esta tragedia es la única digna de tal nombre en cualquier nación.

Nuestros países ideólogos viven de ilusiones infantiles o de especulación pedante; parecemos niños en la mitad de nuestros actos y gente senil en la otra mitad. Mucha consideración rodea entre nosotros un acta de independencia que en verdad independizó a un décimo de la población; mucha dignidad otorgamos a una Constitución que nos llama libres "a todo trance" y que nos ha echado sobre el cojín de pluma de la confianza, desde el cual no levantamos la cabeza para saber si seguimos siendo libres; mucha oda y mucho orfeón enderezamos en torno de nuestros héroes políticos.

Desde 1810 hasta hoy, la época se ha volteado como un bolsillo, y las palabras independencia, libertad, y heroísmo, corresponden a realidades nuevas, terriblemente mudas. De esta manera nuestra vida nacional sale menos de una Cámara legislativa que de una Cámara de comercio y agricultura; un héroe cortado para este tiempo será el botánico que cure en el Ecuador la plaga del cacao y un salvador con mayúscula mesiánica en el nombre, será aquel que nos mude la organización social de cuajo, acicateado y urgido por el hambre de la población y las poblaciones.

Tierra nuestra podemos llamar sólamente a aquella que según las listas de los Municipios, muestre nombres y apellidos nacionales en la inscripción de la propiedad; riqueza nuestra es aquella cuyo caño abastecedor, sea de petróleo, de goma o de maleza, sea sostenido por manos propias, por las manos de nuestro color.

Gabriela Mistral

San Juan. Puerto Rico. 1931.

La prostitución y el capitalismo...

(Viene de la página 168)

engañado, han sacado de sus hogares y han introducido en los prostíbulos. Las familias de estas muchachas, llenas de "dignidad", no han querido saber nada de ellas, y otras, a pesar de haber hecho indagaciones, no han podido averiguar su paradero. Así se explica que mujeres de buenas familias se vean totalmente aisladas del mundo y tengan que resignarse a la esclavitud sexual.

La prostitución y la ley.—En algunos países, las organizaciones de trata de blancas trabajan y funcionan clandestinamente. Claro que su clandestinidad es bastante relativa, pues aunque las leyes del país prohiben la prostitución y los prostíbulos, en cambio los protegen hombres influyentes que acuden a ellos a satisfacer sus vicios.

Pero hay otros países, como, por ejemplo, España, donde la ley permite la prostitución y los prostíbulos con un descaro asombroso. La misma ley que niega a las mujeres el derecho de ciudadanía y hasta el derecho de manejar su dinero.

Los curas y las monjas, que en España son una de las bases de la sociedad capitalista, hacen todo lo que pueden por mantener a las mujeres en la más absoluta ignorancia y en el más perfecto analfabetismo. Y nuestras leyes, que consideran que la mujer es irresponsable, igual que los niños y los dementes, permiten que se engañe y se pervierta a estos seres "irresponsables" y que se les encierre en prostíbulos, para que los hombres "responsables", y curas "cultos" sacien sus vicios.

La ley española—cosa que la sociedad española aplaude—permite, además, que algunos periódicos publiquen anuncios de "caballeros que desean proteger a jovencitas" y otros, mucho más cínicos, que no es necesario citar, porque todo el mundo los ha leído, probablemente. Es decir, se dan todas las facilidades a los agentes de trata de blancas para que cacen a las mujeres legalmente "irresponsables", mujeres que después van a parar a los burdeles de Buenos Aires o de otras ciudades y que, cuando llegan a viejas, son arrojadas a la calle, donde mueren de hambre o, si fueran peligrosas, son asesinadas indirectamente. Todo esto lo protege un país plagado de curas y de monjas, de "representantes de Cristo".

La prostitución clandestina.—Esto no quiere decir que si en España se prohibiera la prostitución quedaría el problema solucionado. Mientras perdure el régimen capitalista, la prostitución seguirá existiendo, legal o ilegalmente. En Inglaterra está prohibida la prostitución y, sin embargo, en Londres hay muchas más prostitutas que en cualquiera de las grandes ciudades del mundo. La moralidad capitalista del matrimonio por dinero, sin amor, y después satisfacer, cómo y donde sea, los deseos

sexuales, impone la existencia de la prostitución. Claro que en Inglaterra hay un gran sector social, la clase obrera y una parte de la clase media, que apenas hace uso de la prostitución. Y esto no es porque sean más humanos, ni siquiera más higiénicos, sino porque entre ellos existe menos hipocrecía, o sea, menos sexualidad contenida. Las mujeres y los hombres de su clase hablan y actúan con completa franqueza, sin trabas sociales. Se unen cuando lo apetecen y, si su unión resulta bien, la legalizan. Frente a este sector proletario está la enorme masa puritana, llena de hipocrecías, favorable al capitalismo, que sostiene la prostitución.

La labor de la policía inglesa.—Las numerosas sociedades protectoras de muchachas y la Policía de ambos sexos, hacen mucho por evitar el tráfico de prostitutas. Las mujeres policías, sobre todo, hacen una labor magnífica. Cada una se encarga de vigilar un sector de un barrio, y cuando aparece por las calles una muchacha nueva, la vigilan, se enteran de cómo y dónde vive y trabaja y no la pierden de vista un momento. Si ven que a la muchacha se acercan elementos que pudieran ser peligrosos, en seguida la llaman y le explican la situación. Igualmente si la muchacha se queda sin trabajo y sin dinero, la mujer policía la facilita la entrada en cualquier institución protectora de muchachas, donde la recogen mientras encuentra trabajo. Hay que tener en cuenta que en Inglaterra, la mujer es responsable y libre desde los dieciocho años y que, por lo tanto, Londres está lleno de muchachas de provincias que van a la capital en busca de trabajo. A éstas es, sobre todo, a las que la Policía vigila para evitar que caigan en la prostitución. Porque aunque la prostitución está prohibida, hay muchas y muy diversas maneras de disfrazarlas. Para que un policía tenga derecho a acusar de prostiuta y detener a una mujer, tiene que probar, con testigos, que esta mujer ha solicitado a los hombres públicamente y que, después, ha recibido dinero. Lo cual es, generalmente, muy difícil de probar. Por esto, la labor de la Policía es, especialmente, la de proteger a las muchachas. En esto, Inglaterra nos lleva una gran ventaja.

La perversión de las clases altas.—En cambio, Inglaterra es precisamente uno de los países donde mejores negocios hacen los agentes de la trata de blancas. Esto ocurre en las altas esferas sociales. En su libro *Historia de una vida terrible*[1] Basilio Tozer narra cómo los agentes de la trata de blancas logran seducir a jovencitas de la aristocracia y de la alta burguesía para vendérselas a sus clientes. Un agente de este tráfico, por ejemplo, que puede ser alguna duquesa conocida, se pone de acuerdo con determinado caballero capitalista sobre el precio que pagaría por la señorita de Tal que él apetece, inmediatamente, la duquesa se dedica a captarse las simpatías de la muchacha, invitándola y agasajándola. Después la presenta al caballero y ya no para hasta que la convierte en amante de éste. La falsa educación que la muchacha ha recibido la impide acusar, referir a sus padres lo ocurrido. Sabe muy bien que la arrojarían de su casa, llenándola de injurias y, por esto prefiere resignarse y aceptar su suerte. Así empieza y así sigue rodando después.

Como esto ocurre en las clases dirigentes del país, para satisfacción de sus miembros, es natural que no se pongan los medios necesarios para evitarlo.

Los efectos de la guerra.—En los países que tomaron parte en la guerra, la labor de dichos agentes es, sin duda, bastante difícil. La sangre, la miseria, el hambre y frío de aquellos años acabaron rápidamente con los falsos prejuicios y pudores de la burguesía. Por un trozo de carne, por un poco de mantequilla, se entregaba la mujer más pura y más digna. Los carniceros eran, entonces, los verdaderos donjuanes de las ciudades. Ya no se distinguía entre prostitutas profesionales y prostitutas improvistas por la necesidad. La única moral que existía era la de no morir de hambre. Así ocurrió, sobre todo, en Alemania. Max Kühnert, en *El Frente Femenino* (Ediciones Hoy) da una clara idea del derrumbamiento de la moral burguesa, precipitado por la miseria de la guerra.

Ahora, después de una docena de años, la vida se ha equilibrado bastante. Pero aquel "pudor", aquella "pureza" de las mujeres puede decirse que han desaparecido para siempre.

El caso de España.—En España, en cambio, la hiprocrecía de la falsa moral y, consecuentemente, la prostitución, subsisten con toda su fuerza. Y seguirán subsistiendo mientras dure el régimen capitalista y clerical.

No es posible que la mujer pueda reaccionar contra las leyes y costumbres de sus antepasados mientras su educación esté en manos de las monjas y la dirección de su vida en manos del confesor. Ni las monjas ni los curas, seres anormales, pueden comprender espiritual ni materialmente a las mujeres. Logran, desde luego, dominarlas, pero a fuerza de amenazarles con el infierno. De esta manera consiguen hacer de las mujeres seres crueles, completamente ilógicos, que lloran cuando se les muere un pajarito, pero que se sonríen, llenas de venganza satisfecha, cuando se enteran de que unos señoritos—señoritos que ellas gustosamente aceptarían como maridos—se dedican por las noches a llamar prostitutas y a arrojarlas del "auto" en plena marcha. Se sonríen, sin detenerse a pensar en lo que sufrirán las muchachas, sin ocurrírseles que, quizá, esas "mujeres malas" acudieron al "auto" solamente por cenar aquella noche. Se sonríen, no como mujeres, como seres humanos, sino como máquinas bien engrasadas de la sociedad capitalista. Mientras en España exista ese tipo de mujer "decente", que prefiere morirse a dar la mano a una prostituta, pero que no le importa mucho que su novio o su hijo tenga relaciones íntimas con ella, porque, según el código burgués, eso es "natural", no podrá desaparecer la prostitución de España. Seguirá existiendo legal o ilegalmente.

Entre los bellos cuentos de Alejandra Kollontay, hay uno magnífico—*Hermanas;* se publicó en el número 20 de *Nosotros*—, en el que una mujer abraza y socorre a la prostituta que su marido borracho ha llevado a casa[1]. Cuando la mujer española logre ese grado de humanidad, de verdadera civilización, entonces, creo yo, podrá trabajarse por que desparezca el horrible oficio de la prostitución.

Cuando la mujer sea un ser humano, libre e independiente, cuando no se sonroje de ser mujer, de enamorarse, de amar, de acuerdo con su naturaleza; cuando el problema sexual no sea problema porque lo tratarán hombres y mujeres con entera franqueza, sin secretos, sin picardías, sin tratar de engañarse mutuamente; cuando el Estado proteja y cuide a las mujeres embarazadas y a los niños, a todos los niños, legales e ilegales, como a verdaderos tesoros, entonces desaparecerán las "mujeres de la vida", desaparecerá la "trata de blancas" y se corregirá la perversión sexual.

Irene de Falcón

La balada de los piratas

—Envio del autor—

Rey de las libertades soberbias, caballero
Audaz, sobre los potros indomables del mar;
todas las aventuras de tu barco velero,
repiten en sus curvas, el brinco familiar

de mis ciervos esquivos, de mis hurañas cabras,
de mis Robin-out-law, *de mi nuevo camino,*
por donde nadie pasa. Lejos de las palabras,
en Brujas, a la sombra del silencio divino,

oigo bien el rumor de tu canción marina:
¡Co-lón ¡Sim-bad! ¡Co-lón! ¡Sim-bad! ¡Co-lón!
¡Sim-bad!
¡ón! ¡ad! y por debajo, profunda, se adivina,
detrás de siete planos de voz, la eternidad.

Mandan tan mal los hombres, que trajes de
obediencia,
quiso, para vestirse, la voluntad de Dios;
y sólo fué Victoria Victoriosa, la ciencia
muda del Obediente Corderito sin voz.

Cristianos o piratas. Lo demás, tontería
incolora d'hermanos lobos civilizados
y máscaras y pitos y tambores del día
y en el bazar del mundo, por gruesas, los pecados.

Por cada mil cristianos, hay uno de verdad;
los otros, de mentira, cuando baja el telón,
se desvisten de Cristo. Son los piratas: ¡chád! . . .
la submarina glosa de los extremos . . . ¡bón! . . .

A. H. Pallais (Presbo.)

En Brujas de Flandes, a los 31 días
del mes de agosto de 1931.

---

(1) *Historia de una vida Terrible*, por Basileo Tozer.—Central de Ediciones y Publicaciones, Luchana, 20, Madrid.

(1) En esta entrega sale el cuento de la Kollontay.

Persiflage

Historias de la Sarah Israelita

— *Colaboración directa* —

Para *Palma Guillén*, profesora de psicología y de lógica de la Universidad de México, por la buena amistad que hicimos cuando estuvo en mi Heredia con su Gabriela Mistral.

Cansados volvimos de recorrer las calles de Alejandría, cansados de la visita al Museo, cansados sobre todo de la charla insulsa, con aire de insoportable tiesura, de los eruditos gramáticos que infestan el lugar, que lo invaden de odios y rencores, y la casa de la Sarah israelita me pareció pedacito de Paraíso.

La teoría de un Dios hacedor de toda cosa a veces me cautiva. Cuando veo el cielo estrellado; cuando—¡ya conozco el mar!—en la extensión marina a que la vista alcanza hay sobre la vastedad azul una sola vela, blanca; cuando, a veces, el aire se llena de olores agradables, o cuando toda parte del clavel moreno me parece hecha adrede para manifestar belleza y dar gozo, entonces de mi corazón brota profesión de fe de esta manera: ¡Gracias, Señor, por la bondad de tu obra!

Nada es tan fácil como creer que Dios ha hecho un helecho: ¿quién, si no Dios, podría hacerlo? La maravilla de un ramo de reseda, de reseda que aún no ha abierto, que está toda en grano menudito, que uno toma con las yemas de los dedos y aprieta un poco y que entonces parece palpitar, como si tuviera vida,—una vida de lo más delicado, tan delicada como la vida de unos labios suavecitos,—esa maravilla sí que hace creer en Dios: ¿quién, si no Dios, podría hacerla?

Morenita como es el clavel moreno, es pecosilla. Tiene pecas en toda la cara, pecas en la frente, pecas en las mejillas, pecas en la nariz, pecas cerquita de la comisura de la boca, pecas en la nuca, pecas en la parte del cuello de donde la nuca brota. Este aire marino, este viento africano, le ha hecho salir todas las pecas. Yo me he quedado, viéndola, absorto. "Estoy adorando en ti", la he dicho. No hay copo de nieve, no, ni promesa de flor, tan delicados como una peca del clavel moreno, la tontita, que cree que es a ella a quien digo que adoro, cuando no es a ella, sino a Dios. ¿Quién, si no Dios, podría hacer una peca?

Pero, ¡las cosas feas! La fealdad del mendigo que me siguió toda una cuadra empeñado en mostrarme una horrenda llaga hedionda; la tullidez del viejito que tiene Sarah en casa; los ojos de aquel sirio que seguían a una muchacha africana salida quién sabe por qué de quién sabe qué gineceo, y la pedantería de los eruditos del Museo y de los gramáticos, ¿cómo iba a ser Dios autor de tales cosas? ¿Qué clase de Dios sería el capaz de perpetrar esos horrores? Por consiguiente, conviene, para el buen orden de nuestras ideas del mundo, concebir, como hacen los persas, junto al espíritu del bien, un espíritu del mal. Plotino sonríe, y me llama niño grande. Para él todo lo persa es cosa de niños. "Te asustaban cuanto eras bebé", me dice Plotino, "y no has dejado de asustarte, porque aún no dejas de ser niño".

"Es", dijo la Sarah israelita, "como el Niño Perdido y Hallado en el Templo".

"¡Bella historia esa historia que cuentan los cristianos!" dijo Plotino.

"¿Usted es cristiana?" le pregunté a la Sarah israelita.

"¡Ah!" me respondió, "¡qué lastima! El Cristo era judío. Yo soy judía. ¿Por qué no había de creer en él? Son todos estos griegos los que nos están robando esa gloria de Israel".

"Sarah", le dijo Plotino, "bien sabes que, como de cultura griega, yo no acepto el cristianismo. Pero son ustedes los judíos los que abominan de esa creencia".

"Paciencia", replicó la Sarah israelita. "Yo soy vieja, y ganas no tengo para argumentar. Cuando fui moza sí hablé de estas cosas. ¡Dios, qué días! Teníamos una causa, un grupo de nosotros los judíos, de hacer que el cristianismo fuese reconocido como brote natural del judaísmo, como floración de Israel, que no como su negación. Era una buena causa".

Cuando Plotino se hubo ido, porque íbamos a comer y él no quería probar bocado, le piqué a Sarah el amor propio, para que aflojase la lengua no de cerquita de los labios sino que de más hondo, de cerquita del corazón. Y Sarah nos contó cuántos cuentos de amor suyo, o casi cuentos de amor, o cuentos de casi amor.

"¡Por esa causa, del judaicristianismo", dijo, "casi me caso, ¿sabes? con un hombre a quien no quería. Era un etrusco que había abrazado el cristianismo y que deseaba para su religión la tradición de los profetas. Vivía en una casa que era sólo un cuarto. Allí tenía mesa de trabajo con estilos y papiros y tintas que él mismo preparaba. En un rincón había un pobre lecho. Le encantaba componer evangelios. Tenía la bella idea de escribir las doce versiones de la pasión de manera que fuesen doce garfios prendidos al judaísmo, doce garfios por los que sutilmente la vitalidad judaica pasase a la nueva creencia, doce garfios cada uno como pico de animal que chupa sangre.

Hay en no sé qué parte del mundo, animales que chupan la sangre de su presa, y no la matan, no, sino la vacían entera en sí mismos donde continúa viviendo, enriquecida, su personalidad. Son como pájaros, pero no son pájaros; son como roedores, pero no son roedores; otra especie de animales son, que, si se chupan a un cabrito, se vuelven cabritos, sin dejar de ser tampoco lo que son. Y este etrusco, tan abnegado, tan santo, tan laborioso, hacedor de evangelios, como digo, creyó un día que podía casarse conmigo.

"Ni él me había mirado nunca atentamente, ni yo a él. Los del grupo creían que convenía a la causa. Y yo dije que sí. Me salvó que tuvimos que esperar a los padrinos. Esperándolos estábamos, esperando a las mujeres que dieran testimonio de mi doncellez y a los ancianos que contaran los denarios que me entregaría mi marido, cuando se me ocurrió mirar con atención al prometido. Una sola idea se había apoderado de mí: *En cuanto me case tendré que besar a este hombre.* Él leía y volvía a leer unos manuscritos. Casi no sabía hebreo, y lo que escribía lo hacía en un griego un poco bárbaro. Dicen que muy bárbaro, pero no sé cómo nada griego puede ser de otro modo. Y yo que le voy viendo prieta, muy prieta, la línea entre la barba y el cuello, prietas, muy feas, las mejillas, feo todo él. ¡Tan bueno que era, pero feo!, de modo que me dije: *Si no tiene donde lo pueda besar, ¿cómo voy a hacer si me caso con él?* Me entró un curioso terror que sólo nos entra a las mujeres. El terror que les entra a los hombres nunca es así".

La Sarah israelita se quedó callada, sonriente, moviéndosele el hundido pecho, como mirando en los ojos de sí misma la escena que contaba de su juventud.

"También es que yo estaba enamorada de otro", dijo la Sarah israelita.

"¡Ah, sí?" exclamó el clavel moreno, que quería ese nuevo cuento. Temeroso yo de que la Sarah se me fuese a escapar por esa tangente, me acerqué a ella:

"Sarah" le dije, "hablaba usted de haber sentido un terror. Yo no creo que usted haya sentido nada . . ."

"Terror, hijo, terror", me repuso ella, con suavidad. "Terror sentido a la manera de la mujer, que es una manera de que no es capaz el hombre. El terror los anonada, los paraliza a ustedes. Ustedes sólo saben pelear cuando creen que van a ganar. Por eso pierden tántas veces. La mujer no pierde casi nunca. El terror nos pone agudos los sentidos. A ustedes el terror los entume, los abruma, los envuelve en oscuridad, se les mete hecho sombra fría dentro de los huesos y se los pone blandos. A nosotras no. Aterrorizada, hallé modo ingenioso de zafarme de aquel compromiso, sin que él

notara mi terror. Él sabía que yo no le había mentido nunca, y me creyó lo que le dije, que aún no tenía la bendición de mi madre pero que podía obtenerla y la obtendría para casarme con él corto tiempo después. ¡Todavía me estará esperando! ¡Qué susto el mío! En cuanto me separé de él una distancia, eché a correr . . ."

Persiles

Heredia de 1931.

Bibliografía titular

(Registro semanal, extractos y referencias de los libros y folletos que se reciben de los Autores y de las Casas editoras)

De nuestro excelente amigo Alfonso Reyes, hemos recibido dos de sus últimas producciones:

5 casi sonetos. París. Ediciones de "Poesía". 1931.

Discurso por Virgilio. Contemporáneos. México. 1931.

El número 17 de la valiosa serie "Vidas Españolas e Hispanoamericanas del siglo XIX" está dedicado a

Pablo Iglesias, educador de muchedumbres. Por Juan José Morato. Espasa-Calpe. Madrid. 1931.

Trasladamos:

Coincide la publicación de esta excelente biografía del creador del Socialismo español con el reconocimiento general de la importancia que encarnan las ideologías proletarias tras muchos años de depuradora labor, años que han marcado el legítimo triunfo de las mismas en cuanto en sí tienen de doctrina elevadora, muy distinta de los postreros extremismos de la misma emanados.

Este estudio biográfico acerca de Pablo Iglesias cuadra muy bien en una serie tan ecléctica, tan armónica y ya famosa como es la titulada *Vidas españolas e hispanoamericanas del siglo* XIX, que Espasa-Calpe S. A. cuida con notorio esmero. Siendo una de las finalidades de ésta formar el verdadero cuerpo histórico de la última centuria española, al través del acervo sobresaliente de sus grandes hombres, procúrase acrecentarla con rapidez, y así sucédese la publicación de sus volúmenes referentes a las más dispares figuras.

Iglesias fué, a más de un hombre de corazón generosos y de preclara inteligencia, un verdadero arquetipo del autodidacta, destinado a inyectar la sabia generosa y fecunda de la filantropía redentora en el alma de las clases humildes. Admira seguir paso a paso, mediante la lectura del admirable libro que nos ocupa, la curva ascendente de su apostolado, que encarnaba el doble y paralelo tributo a la propia elevación y al culto de la idea redentora. No puede imaginarse existencia tan huérfana de medios y, a la vez, voluntad tan férrea, de donde viene en aquilatarse el mérito sobresaliente que aureola su nombre.

La biografía de este legítimamente llamado educador de muchedumbres ha sido escrita por quien fué uno de sus compañeros de ideas militantes. De aquí que el libro resulte una creación tan completa, tan depurada, tan lúcida en todas sus partes y aspectos, al igual que en el ritmo interno de su plan *Pablo Iglesias, Educador de Muchedumbres* nos ofrece la visión minuciosa de la vida y la obra del que comenzó siendo oscuro aprendiz de tipógrafo y culminó en la senectud como ídolo de grandes masas de población, como representante del pueblo en el Parlamento, como periodista eminente, como autoridad en materias sociales conocido y admirado en el extranjero. Modelo de análisis sereno, de comprensión y, a la vez, de amenidad, la obra de Morato nos ofrece, además, una amplia y certera visión panorámica de la política y la sociedad de la época, dentro de las cuales Pablo Iglesias destacó con vigoroso relieve transcendente para la posteridad.

Del Dr. Juan Marín (Casilla 3383. Santiago de Chile):

Clínicas y maestros en Inglaterra y Francia. Valparaiso. 1931.

De Pablo A. Ramella (Jujuy 620. San Juan, República Argentina):

Torre de cristal. Poesías. Librería Anaconda. Buenos Aires.

El número 35 del *Archivo Histórico Diplomático Mexicano* corresponde a

La gestión Diplomática del doctor Mora. Con una advertencia de Luis Chávez Orozco. México. Publicaciones de la Secretaría de Relaciones Exteriores. 1931.

De T. M. González Barbé (San Martín, 2477. Montevideo. Uruguay):

Campo verde. (Nuevos cuentos gauchos). Montevideo. 1931.

Dos obras de considerable importancia:

Estudios sobre el español de Nuevo Méjico. Por Aurelio M. Espinosa. Traducción y reelaboración con notas por Amado Alonso y Angel Rosenblat. Tomo I. Con nueve estudios complementarios de Amado Alonso. Buenos Aires. 1930.

La lengua de "Martín Fierro". Por Eleuterio F. Tiscornia. Tomo II de *Martín Fierro, contado y anotado.* Buenos Aires. 1930.

Tomos I y III, respectivamente, de la "Biblioteca de Dialéctica Hispanoamericana". La publica el Instituto de Filología de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires.

Donación de Pedro Henríquez Ureña.

Otra donación importante que nos ha llegado por medio de don Antonio Médiz Bolio:

Méjico peregrino. Mejicanismos supervivientes en el inglés de Norte América. Méjico. 1924.

Sus autores: Victoriano Salado Alvarez y Federico Gamboa, de la Academia Mejicana correspondiente de la Real Española.

La Editorial "España" nos honra con el envío de esta obra notable:

Hilaire Belloc: *Dantón.* Madrid. 1931. Traducida del inglés por Carlos de Onis.

Trasladamos:

En pocas biografías como en ésta se acusan tan vigorosamente las características de este sugestivo género literario. Estas características son, como es sabido, un agudo espíritu psicológico, capaz de penetrar en la entraña misma del personaje biografiado; una imparcialidad necesaria para no abultar los defectos ni las virtudes; una documentación sobria y precisa, que no lastre la amenidad y la soltura del relato y que le preste, en cambio, la autenticidad indispensable; un estilo, en fin, ágil y flexible para expresar con el vigor necesario todas las facetas y aspectos de la personalidad y la vida que se analiza.

Todas estas cualidades extraordinarias concurren en Hilaire Belloc, autor de este formidable libro sobre Dantón. En él primer capítulo estudia con rigor y agudeza singulares la situación general de Francia bajo el reinado de Luis XVI. El lector comprueba que aquella Corte envanecida, ciega y sorda a los clamores del artesanado y la clase media, vivía indiferente y confiada sobre un volcán amenazador. Son unas páginas vivas y certeras, que tienen actualmente en España un valor indudable de actualidad. Porque el lector español, que acaba de presenciar el derrumbamiento de una Monarquía feudal, puede establecer comparaciones muy curiosas con el estado de la nación francesa en aquella época.

Luego entra de lleno en la vida del gran revolucionario francés, desde sus primeros pasos en París, cuando ejercía su profesión como oscuro abogado provinciano, hasta el momento en que es llevado a la guillotina a causa de los manejos del grupo acaudillado por Robespierre.

Asistimos con Dantón a todas las grandes conmociones de la Francia revolucionaria; vemos actuar a Desmoulins, a Marat, a Séchelles, a Fabre D'Englatine, a Condorcet y a otras muchas figuras importantes; conocemos el Club de los Cordeliers y el de los Jacobinos; vivimos las grandes jornadas populares . . .

La imponente figura de Dantón, que se nos aparece en estas páginas como un hombre de carne y hueso, queda totalmente reivindicada de los ataque provenientes de la izquierda y de la derecha; ni demagogo ni reaccionario. Un espíritu avanzado y progresivo, un cerebro fuerte y una enorme capacidad de acción: he aquí las virtudes más salientes del gran caudillo.

El último capítulo, titulado *La muerte de Dantón,* es una página literaria de belleza impresionante. Se apodera del lector una melancolía tan fuerte como la personalidad desmesurada del gran caudillo.

Solicítela al Adm. del *Rep. Am.* Precio: ¢ 4.25

Imp. Alsina (Sauter, Arias & Co.) San José, Costa Rica